

LAS BIBLIOTECAS DE LOS HUMANISTAS Y EL RENACIMIENTO

Juan Carlos GALENDE DÍAZ
Universidad Complutense de Madrid
Facultad de Geografía e Historia
Dpto. de Ciencias y Técnicas Historiográficas

Resumen: Después de una introducción de carácter histórico-cultural sobre el «renacimiento» y el «humanismo renacentista», el presente estudio se centra en la evolución de las bibliotecas durante este período. Así, una vez expuestos los antecedentes trecentistas en Inglaterra e Italia, se profundiza en la formación y crecimiento de las bibliotecas durante las dos centurias siguientes, tanto en Europa como en América, no sólo públicas o estatales y eclesiásticas, sino también particulares o privadas, en especial de aquéllas creadas por los humanistas.

Palabras claves: Bibliofilia, biblioteca, humanismo, imprenta, incunable, libro, renacimiento, América, Europa, España, Francia, Italia.

Abstract: Following an introduction of a historical and cultural nature to the «Renaissance» and «Renaissance humanism», the present study concerns itself with the evolution of libraries during this period. Thus, once the thirteenth century precedents in England and Italy have been described, the study concentrates on the formation and growth of libraries during the following two centuries both in Europe and America, and not only public, state or ecclesiastical but also private, and in particular those created by the humanists.

Key words: Bibliophily; Library; Humanism; Printing press; Incunabulum; Book; Renaissance; America; Europe; Spain; France; Italy.

1. INTRODUCCIÓN

El «Renacimiento» y el «humanismo renacentista» —fenómeno complejo de origen poligenético— en cuanto representante del aspecto intelectual de

aquél, no pueden considerarse como simples hechos aislados surgidos de repente en una época y lugar determinado cuyo nacimiento haya que atribuirlo al acaso o como producto simplista de una sola causa e iniciativa. Se trata de un período temporal con delimitaciones bastante precisas (siglos XIV-XVI) en el que, a causa de una serie de circunstancias de distinta naturaleza, si se quiere coyunturales, pero indudablemente de orden social, ideológico y cultural, la sociedad occidental, comenzando por Italia, va a experimentar profundas transformaciones de tipo económico-social, político, religioso, artístico y aun personal, circunstancias éstas que necesariamente conducirán a nuevas mentalidades, nuevos gustos y valoración distinta aun de los principios y verdades considerados por entonces, si no como absolutos, al menos como trascendentales y básicos¹.

En el plano histórico, cabe señalar algunos hechos importantes acaecidos en el siglo XV que, sin duda, contribuyeron a marcar la decisiva ruptura con el pasado y a posibilitar, desde distintos puntos de vista, la apertura a una renovada concepción de la vida: la llegada al pontificado de Nicolás V, la caída de Constantinopla, la invención de la imprenta, la plena floración de las Universidades, la incorporación de la nobleza y de los laicos a la cultura del libro, y los grandes descubrimientos científicos.

Como acabo de exponer, en el siglo XVI se extiende por Europa un movimiento cultural de suma importancia: el Renacimiento, surgido en la península italiana en la centuria anterior. Coincidió con una intensa vida urbana que permitió un gran desarrollo de las letras y del libro, siendo además el momento dorado de las bibliotecas privadas, con las que los dueños querían, en cierta medida, mostrar un signo de modernidad; en ellas no se pretendía únicamente reunir libros de interés por su contenido o por la doctrina del autor, sino que se trataban de bibliotecas de bibliófilos que se sienten inclinados por ejemplares con características especiales. Por consiguiente, la bibliofilia tiene una doble vertiente: por una parte, se orienta a los manuscritos bella y ricamente pre-

¹ La bibliografía que se centra en este movimiento es muy amplia. Entre otras, pueden consultarse las siguientes obras de carácter general: R. F. ARNOLD, *Cultura del Renacimiento*, Barcelona, 1936; M. BATTIORI, *Humanismo y Renacimiento. Estudios hispano-europeos*, Barcelona, 1987; J. BUCKARDT, *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, 1941.; P. BURKE, *Culture and society in Renaissance Italy, 1420-1540*, Londres, 1972; D. CANTIMORI, *Humanismo y religiones en el Renacimiento*, Barcelona, 1984; C. COLOMBO, *Humanismo y Renacimiento*, Madrid, 1984; J. DELUMEAU, *La civilisation de la Renaissance*, París, 1967; E. GARIN, *La Renaissance. Histoire d'une révolution culturelle*, París, 1970; *Humanismo renacentista y mundo clásico*, Madrid, 1992 (ed. J. A. SANCHEZ MARÍN y M. LÓPEZ MUÑOZ); *La apertura del mundo. Siglos XIV-XVI*, Madrid, 1979 (dir. B. BENASSAR y P. CHAUNU); J. LARNER, *Culture and society in Renaissance Italy, 1290-1420*, Londres, 1971; *Le livre dans l'Europe de la Renaissance*, Tours, 1988; N. G. NAUERT, *Humanism and the culture of Renaissance Europe*, Cambridge, 1995; M. A. PÉREZ SAMPER, *Las claves de la Europa renacentista*, Barcelona, 1991; y A. PETRUCCI, *Libri, scrittura e pubblico nel Rinascimento. Guide storica e critica*, Roma-Bari, 1979.

sentados, y por otra, a la búsqueda y copia de textos desconocidos o difíciles de encontrar de escritores clásicos griegos y latinos². Las bibliotecas de los humanistas se diferenciaban de las medievales no sólo en la preferencia hacia la cultura antigua, sino por estar constituidas por unos fondos mucho más numerosos. Asimismo, tanto los historiadores del Renacimiento como los de la ciencia están de acuerdo en afirmar que los humanistas no se interesaban por la ciencia.

Los humanistas generalizarán la costumbre de coleccionar libros particularmente, de formar bibliotecas para su uso, de su propietario y de sus colegas y amigos eruditos³. Nace entonces una nueva valoración del libro que se puede calificar ya de moderna; se intensifica su comercio y aumentan los talleres de producción, que ya no sólo trabajarán bajo la protección de un rey o gran señor, sino que recibirán encargos de distintos particulares y de diversos países de Europa. Surgen también en este momento los grandes libreros, como Vespasiano da Bisticci (1421-1498), a quien se llamó «Princeps omnium librariorum», cuyo taller florentino sirvió a todos los grandes bibliófilos de la época⁴.

Antes de la revolución que traerá consigo la prensa de Guttenberg, crecerá considerablemente el material bibliográfico o librario, pero no se hará ya, en buena parte, a la sombra ni bajo control de instituciones eclesiásticas.

La invención de la imprenta marca el inicio de una época floreciente para las bibliotecas, así como el fin de la hegemonía de la cultura monacal refugiada en los monasterios desde hacía más de diez siglos. El humanismo encontraba en el nuevo «Ars impressoria» el mejor vehículo para difundir sus postulados y sus obras. Con el nacimiento de la imprenta, se acrecienta en las clases superiores el desco y afán de coleccionar los primeros libros salidos al mercado, expresión de nuevos valores culturales y, a su vez, fuente y origen del surgimiento de numerosas bibliotecas públicas y particulares, algunas de gran relieve y alto significado. Pero el libro humanístico era un libro de lujo, elegante y costoso, al que se incorpora además de la ornamentación, el gofrado, diversidad de orlas, miniaturas, profusión de dorados, etc.⁵.

A medida que transcurre el siglo xv se observa otro fenómeno de suma importancia: la lenta pero constante incorporación de la nobleza y de los laicos a la cultura del libro y a su posesión, hasta entonces reservada a los monjes, clérigos y estudiantes de las escuelas monásticas y catedralicias, y estu-

² H. Escolar, *Historia de las Bibliotecas*, 3ª ed., Madrid, 1990, pp. 221-222.

³ Véanse las recientes obras de M. COMELLAS, *El humanista*, Sevilla, 1995, y J. KECSKEMETI, J. F. MAILLARD y M. PORTALIER, *L'Europe des humanistes (XIV^e-XVI^e siècles)*, París, 1995 (en la que se recogen las principales aportaciones de 2350 eruditos humanistas).

⁴ M. SÁNCHEZ MARIANA, «Producción de libros y lectura en la Edad Media», *Historia 16*, 157 (1989), p. 42.

⁵ B. GARCÍA VEGA, «La ilustración del libro impreso», *Creadores del libro. Del medievo al Renacimiento*, p. 71.

dios episcopales y universitarios. Con ello se abría un nuevo mercado al libro impreso, que los impresores, los artesanos y los mercaderes del libro supieron fomentar y aprovechar. Así nace en Europa el interés por la adquisición, lectura, estudio y conocimiento de las obras de autores griegos y romanos, e igualmente por los escritos de los representantes y especialistas de la antigüedad cristiana. El prestigio de las Universidades y de sus maestros, los movimientos ideológicos surgidos en ellas y el cada día más frecuente uso de obras que, hasta mediados del siglo xv, o no se conocían o eran de difícil adquisición y lectura, aportarán la savia más rica y pujante hacia una decisiva transformación de la mentalidad de la sociedad medieval⁶.

Pero al humanismo —según Jole Mazoleni— se debe no sólo el reflorcer de los estudios clásicos y el resurgimiento literario y cultural —el interés por la creación de ricas bibliotecas—, sino también la transformación de los caracteres externos de la escritura, cuya expresión gráfica, de una parte, continúa —aunque modificándola— el tipo gótico y, de otra, coloca junto a éste un alfabeto nuevo, calco y reproducción modificada y perfeccionada (al menos en su forma de pensar) del antiguo alfabeto romano, con el fin de provocar el retorno al gusto clásico y revivir la elegancia de las viejas escrituras librarias. Esta «escritura antigua» que se hace común y se difunde en los manuscritos —a la que erróneamente aluden los humanistas— no fue, precisamente, la romana sino la letra carolina de los siglos ix al xii cuyos códices y modelos descubrieron, estudiaron y volvieron a copiar —reproduciéndolos parcial o totalmente— los humanistas⁷.

En el siglo xv también cambió considerablemente la figura del bibliotecario, que ya no fue sólo un responsable de la conservación y reposición de libros. Ahora se nombra para el puesto a personas de gran formación intelectual. A su cargo suelen estar los copistas, iluminadores y encuadernadores. Por este motivo suelen estar remunerados con generosidad.

Un pequeño tratado titulado *Ordine ed offici della Corte del Serenissimo Sig. Duca d'Urbino*⁸ contiene las cualidades que se exigían al bibliotecario: «docto, de buen aspecto, de buen natural, educado y de palabra buena y fácil; el cual debe tener un inventario de todos los libros y mantener éstos ordenados»⁹.

Generalmente estaba prohibido sacar libros de las bibliotecas, y para mayor seguridad se los encadenaba a los estantes¹⁰. Resulta curioso el tema de la mayor o menor liberalidad con que se prestaban los libros, por lo general a los

⁶ M. FERNÁNDEZ CATÓN, «Creadores del libro. Del medievo al Renacimiento», *Creadores del libro. Del medievo al Renacimiento*, Madrid, 1994, pp. XXIV-XXVI.

⁷ J. MAZOLENI, *Paleografía e diplomatica e scienza ausiliarie*, Nápoles, 1970, p. 176.

⁸ Actualmente se conserva en la Biblioteca Apostólica Vaticana, *manuscrito Vaticano Urbanitate lat. 1248*.

⁹ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 237-238.

¹⁰ P. BOHIGAS, *Sobre manuscrits i biblioteques*, Barcelona, 1985, pp. 276-288.

amigos, y menos a otros que quisieran consultarlos. De todas las maneras es preciso advertir que, durante esta etapa, la mayoría de los poseedores de bibliotecas particulares eran reacios a esta práctica¹¹. Sin embargo, en algunos sitios existía el préstamo, permitido mediante otorgamiento de garantías. Sirvanos de ejemplo el caso del arcediano de Lorca, Juan Martínez, quien el 24 de octubre de 1392 cedió sus libros a la iglesia de san Martín de Uncastillo, disponiendo que «*si por aventura al vicario que fuere por tiempo e al cabildo de la dicha iglesia de san Martin fuese bien visto que el maestro que y es e sea por tiempo avra menester algunos de los dichos libros para gobernar el estudio de la dicha villa, que le puedan emprestar para estudiar en su camara fasta seys libros, tomando del buenos presentes o fiadores de tornarlos mejorados e non peiorados, e si otros libros oviere mester, que torne al librario de los primeros que tomo e tome de los otros fasta el dicho numero de seys e los firme como dicho es*»¹². En conjunto, se puede precisar que a partir del siglo XIII, momento en que los estudios experimentaron un considerable desarrollo, se reglamentó el préstamo de libros en universidades y conventos, es decir, en las entidades que no sólo contaban con bibliotecas más importantes, sino que también albergaban un mayor número de estudiosos. Pero, a su vez, había libros que podían ser prestados y otros que no podían cederse en atención a sus características extrínsecas e intrínsecas¹³.

Con algunas salvedades, puede afirmarse que, durante la segunda mitad del siglo XVI, el programa humanista perdió en toda Europa su atractivo original.

2. LAS BIBLIOTECAS EN EL SIGLO XV

a) ANTECEDENTES ANGLO-ITALIANOS

Habitualmente se suele considerar al poeta Francesco Petrarca (1304-1374) como el primer gran bibliófilo, pero anterior en el tiempo fue Ricardo de Bury (1287-1345), obispo de Durham y autor del *Philobiblion* (a. 1344), quien reunió en su biblioteca volúmenes de diversos estados europeos y luego

¹¹ En épocas anteriores también se había llevado a la práctica esta técnica, aunque de forma prudente. Así, por ejemplo, en un códice del siglo XIII, conservado en el monasterio de Silos, se incluye un registro de préstamos. Según éste, se puede advertir como los códices se confiaban sobre todo al abad, a otros monasterios, e incluso a particulares y a personas de la realeza si los solicitaban. Como manifiesta el prof. Sánchez Mariana, consta también la existencia de bibliotecas circulantes o de fondos comunes a varios monasterios, como la fundada por San Genadio en El Bierzo para empleo de cuatro cenobios próximos. M. SÁNCHEZ MARIANA, *op. cit.*, p. 38.

¹² I. ESCAGUES, «Un reglamento del siglo XVI para el préstamo de libros», *Revista de Bibliografía Nacional*, V (1944), pp. 489-498.

¹³ P. BOHIGAS, «Notas sobre la utilización de las bibliotecas al fin de la Edad Media», *Homenaje a Guillermo Guastavino*, Madrid, 1974, pp. 23-24.

la legó al «Comité de estudiantes que viven en Oxford», reglamentando su préstamo¹⁴; en la obra citada censura el abandono en que los monjes de su época tenían sus bibliotecas¹⁵, y aunque haya cierta exageración en sus palabras, se observa un descenso gradual en el nivel cultural de los monasterios¹⁶. Del mismo modo, aunque el movimiento humanístico lo inició Petrarca¹⁷, se reconoce la existencia de un prehumanismo en el siglo XIII, que comienza con Lovato Lovati, juez de Padua, y un grupo de seguidores: Geremia de Montagnone, Albertino Musseto y Benvenuto Camperani¹⁸.

Por su parte, Petrarca no sólo encontró y copió manuscritos de obras antiguas en diversas catedrales y viejos monasterios de Francia, Italia y Belgica, sino que también encargó a otros que realizaran esta tarea por él¹⁹. De este modo reunió la biblioteca privada más importante de su época, en la que se podían encontrar obras de autores sagrados (como san Agustín, san Jerónimo y san Ambrosio) o representativos de la latinidad tardía (como san Isidoro y Casidoro) junto a otras de escritores clásicos (como Cicerón, Livio, Séneca, Salustio, Virgilio, Suetonio, Juvenal, Ovidio, Lucano y Horacio). En vida cedió su biblioteca a la República Veneciana, la cual decidió recogerla en la iglesia de San Marcos, pero a su muerte se dispersaron sus fondos. Actualmente se encuentran en varias bibliotecas, como la Nacional francesa, la Vaticana y en otras italianas y europeas²⁰.

Su discípulo Giovanni Bocaccio (1313-1375), aunque no fue un gran bibliófilo, pues los libros le interesaban principalmente por la información que contenían, llegó a reunir una colección formada por un centenar de obras clásicas. Entre ellas destacaban varios manuscritos con obras desconocidas de Varrón y Tito Livio²¹. Al morir legó su biblioteca a los ermitaños de San Agustín de Santo Spiritu, en Florencia.

b) ITALIA

Una gran biblioteca, con casi mil volúmenes, fue la que reunió Coluccio Salutati (1331-1406), secretario de la república de Florencia²². El mismo lo-

¹⁴ A. SAMON RIDER, *A story of books and libraries*, Metuchen, 1976, pp. 100-101.

¹⁵ R. DE BURY, *Filobiblión*, Madrid, 1969, pp. 41-51 (ed. F. C. SAINZ DE ROBLES).

¹⁶ A. MILLARES, *Introducción a la historia del libro y las bibliotecas*, Madrid, 1993, pp. 251-259.

¹⁷ Así lo asevera, entre otros autores, P. DE NOLHAC en su obra: *Pétrarque et l'humanisme*, 2 vols., París, 1907.

¹⁸ H. ESCOLAR, *Historia del libro*, 2ª ed., Madrid, 1988, p. 281.

¹⁹ A este respecto se puede consultar la obra de A. PETRUCCI, *La scrittura di Francesco Petrarca*, Città del Vaticano, 1967.

²⁰ H. ESCOLAR, *Historia de las bibliotecas*, pp. 222-223.

²¹ *Ibid.*, p. 223.

²² Sobre este autor son interesantes las obras de B. L. ULLMAN, *The humanism of Coluccio Salutati*, Padua, 1963, y A. PETRUCCI, *Coluccio Salutati*, Roma, 1972.

gra reunir y, en parte, copiar cerca de un centenar de códices de obras clásicas pertenecientes a los siglos IX al XII. Propuso como modelo su propia escritura, a la que da el calificativo de «antiqua littera» por considerarla propia de la antigüedad clásica romana²³.

En cambio, apenas llegó a un centenar la formada por Francesco Poggio Bracciolini (1380-1459), quizá el mejor rastreador de manuscritos antiguos, labor que realizó en diversas bibliotecas suizas, alemanas y francesas (Cluny, Saint Gall, Fulda, Colonia, etc.) valiéndose de su condición de secretario pontificio²⁴. A raíz de su partida de Florencia hacia Roma para asumir la «Secretaría Pontificia de Breves», se tienen noticias, por su correspondencia, de que Poggio Bracciolini, con el fin de atender su biblioteca, costó la formación de tres copistas, a quienes él personalmente enseñó la «littera antiqua».

El foco más importante del Renacimiento se localizó en la ciudad de Florencia, donde se dieron diversas circunstancias favorables, como la riqueza proporcionada por la industria y el desarrollo de las casas de banca. Entre las familias que hicieron poderosas esta riqueza y que mejor la emplearon en fines artísticos, sin duda, sobresale la de los Medici. El jefe de la familia, Cosme el Viejo (1389-1464), quien tuvo como consejero para sus aficiones bibliográficas a Niccolò Niccoli (1364-1437) -fundador de la escuela escriptoria de Florencia y dueño de casi 800 libros, que pasan a engrosar los fondos de la librería de Cosme cuando fallece, fue tan aficionado a las obras antiguas que llegó a reunir más de 800 volúmenes. A su muerte, la colección pasó a Cosme de Medici, quien la instaló en 1444 en una sala del convento de San Marcos. Además de ésta, Cosme de Medici creó otras dos bibliotecas: la de San Jorge el Mayor de Venecia y la de la abadía de Fiésolo. Para esta última, el citado librero Vespasiano da Bisticci consiguió copiar 200 manuscritos en menos de dos años utilizando 45 copistas que tenía a su servicio en diversas naciones, v. gr. Italia, Hungría, Alemania, Inglaterra y Portugal.

A su muerte, tanto sus hijos Pedro y Juan, como su nieto Lorenzo de Medici (1449-1492), continuaron su labor bibliófila. En tiempos de este último, alcanzó su mayor esplendor la biblioteca familiar, a la que se denomina «Medicea» para distinguirla de la de San Marcos. En ella, Lorenzo el Magnífico, logró reunir, bajo la dirección de Juan Lascaris, más de un millar de ejemplares -entre ellos varios códices latinos (como el uncial de Orosio, del siglo VI), numerosos carolingios, gran cantidad de griegos y algunos árabes y hebreos-, a disposición de los estudiosos, a los que prestó con cierta liberalidad²⁵.

²³ Coluccio Salutati fue un gran admirador y defensor de esta escritura antigua. Así, a principios del siglo XV pide a un amigo le facilite las *Cartas de Abelardo* en «littera antica» con estas palabras: «*si de antiqua littera haberi possent, libentius acciperem; nulle quidem littere sunt meis oculis gratiores*». F. NOVATI, *Epistolario di Coluccio Salutati*, vol. III, Roma, 1896, p. 76.

²⁴ H. ESCOLAR, *Historia del libro*, p. 282.

²⁵ Consúltense las obras de A. MORANDINI, G. DE ANGELIS y M. TESI, *Biblioteca medicea laurenziana*, 2ª ed., Florencia, 1988, y A. M. BANDINI, *Dei principi e progressi della Real Biblioteca mediceo laurenziana*, Florencia, 1990.

En 1494, a los dos años de la muerte de Lorenzo, los Medici fueron expulsados. En el asalto a su palacio se salvaron un millar de ejemplares que fueron llevados a San Marcos. Un tercio fue vendido después a la familia Salviati y el resto al hijo de Lorenzo, Juan, que luego fue el papa León X (1513-1521). Su sobrino, Julio de Medici, futuro papa Clemente VII (1523-1534), devolvió los libros a Florencia y encargó a Miguel Angel el trazado de una biblioteca en el claustro de la iglesia de San Lorenzo, terminada por su sucesor, Cosme I, abriéndose al público en 1551 con 300 manuscritos²⁶.

En Mantua, la familia Gonzaga tenía, a comienzos del siglo xv, una biblioteca con casi 400 volúmenes que posteriormente fue incrementada, pero al extinguirse la casa ducal en la centuria xviii los libros fueron vendidos²⁷.

Importante, por la calidad de sus fondos, fue la biblioteca pública «Marciana» o de San Marcos, organizada por el cardenal Bessarion (1395-1472) a mediados del siglo xv en Venecia²⁸. En ella logró reunir una gran colección de libros griegos, unos 500, con el fin de ponerla a disposición de los helenos que emigraran a Italia. Estos manuscritos fueron para muchos humanistas italianos tan atrayentes como los viejos latinos buscados en los monasterios europeos²⁹.

En Cesena, Domenico Malatesta Novello fundó una biblioteca en torno a 1450. Su ubicación fue el convento de San Francisco, donde ya existía un Estudio General desde el siglo xiv. En total reunió unos 200 libros, todos en latín, de temática muy variada: padres de la iglesia, clásicos, autores medievales, historia, cosmografía, ciencias, etc. Aunque en el documento creacional se dice que sería para uso exclusivo de los hermanos, está considerada por diversos especialistas como la primera pública de los tiempos modernos³⁰.

Por su parte, los pontífices debieron tener, desde los primeros momentos, una colección de libros a su disposición. Sin embargo, la primera noticia de una biblioteca vaticana se refiere a la que estaba instalada en la propia residencia de los papas en el palacio de Letrán, que resultó ciertamente útil, como manifiesta Hipólito Escolar, a los asistentes al concilio celebrado en Roma en el año 649. No faltan alusiones a esta biblioteca durante la Edad Media, pero, según parece, los libros debieron desaparecer o dispersarse cuando el papado se trasladó a Aviñón en el siglo xiv. Aquí, en el sur de Francia, Juan xxii y Clemente vi reunieron una biblioteca de unos 2500 volúmenes que se quedaron cuando sus sucesores regresaron a Roma³¹. Las materias de que trataban

²⁶ H. ESCOLAR, *Historia de las bibliotecas*, pp. 223-227.

²⁷ *Ibid.*, p. 233.

²⁸ *Biblioteca Marciana*, Florencia, 1988, pp. 15-23.

²⁹ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 228-229.

³⁰ *Ibid.*, p. 228.

³¹ Para su conocimiento es fundamental el estudio de M. FAUCON, *La librairie des papes d'Avignon; sa formation, sa composition, ses catalogues (1316-1420) d'après les registres de comptes et d'inventaires des Archives Vaticanes*, 2 vols., París, 1886-1887.

estos ejemplares eran diversas, entre otras: astronomía, filosofía, historia, ciencia, gramática, literatura, clásicos, derecho, teología, medicina, escolasticismo, hagiografía, teología, sermones, retórica, notaría, óptica, liturgia, patristica y lógica³². En 1891 una parte pudo volver al Vaticano, pero antes, en 1680, otra había pasado a la biblioteca de los reyes franceses³³.

La Biblioteca Vaticana actual es relativamente moderna, pues pocos libros entraron a formar parte de ella antes del siglo XVI³⁴. Esta considerado fundador de esta Biblioteca moderna Nicolás V (1447-1455), quien al ascender al solio pontificio encontró un pequeño núcleo dejado por su antecesor, Eugenio IV, consistente en 340 libros, que él aumentó hasta 1200 al añadir los suyos personales y enviar agentes a visitar diferentes instituciones religiosas en solicitud de donaciones de libros o, al menos, autorización para copiarlos, previo asesoramiento de su consejero Vespasiano da Bisticci. Mención especial merece la gran cantidad de códices matemáticos, fruto del rescate de numerosos volúmenes procedentes de la dispersa colección papal de Aviñón y de la destruida Bizancio³⁵. Probablemente fue Nicolás V quien abrió de par en par las puertas a las corrientes renovadoras. De ahí que se le llame «el papa humanista» por antonomasia, pues a él se debe el decidido y firme apoyo prestado a los grandes humanistas de su época, tanto italianos como extranjeros, porque siendo el Humanismo el cultivo de la cultura clásica greco-latina, quiso rodearse de las figuras más eminentes de este movimiento y que más influyeron en su difusión por Europa³⁶. Su sucesor Calixto III (1378-1458), elegido papa en 1455, mantiene estos fondos, aunque siente predilección por las obras de los autores clásicos³⁷.

Otro gran favorecedor de la Biblioteca Vaticana fue el pontífice Sixto IV (1471-1484), quien la acomodó en nuevos locales y la abrió al público, aunque con los libros encadenados, como era costumbre por entonces. La dividió en 4 secciones: latina, griega, secreta y privada. La cifra de manuscritos alcanzó los 3600. Entre ellos abundaban los de autores clásicos, los religiosos y los

³² A. MAIER, «Der Katalog der päpstlichen Bibliothek in Avignon vom Jahr 1411», *Archivum Historiae Pontificiae*, 1 (1963), pp. 97-177. En este estudio, Maier ofrece un inventario de 648 libros en el año 1411.

³³ A nivel general, resulta imprescindible la obra de F. EHRLE, *Historia Bibliothecae Romanorum pontificum tum Bonifatianae tum Avenionensis*, 7 vols., Roma, 1880.

³⁴ Véase la obra de E. MUENTZ, *La bibliothèque du Vatican au XV^e siècle: contributions pour servir à l'histoire de l'humanisme d'après des documents inédits*, Amsterdam, 1970.

³⁵ En la Biblioteca Nacional, mss. 6399, se custodia un volumen, encuadernado en pergamino, que contiene el arreglo y ordenación de los libros que se hallaron en la Librería Mayor del Sacro Palacio de Aviñón, mandado hacer en 1407 por Benedicto XIII.

³⁶ M. FERNÁNDEZ CATÓN, *op. cit.*, p. XXIII.

³⁷ E. JUNYENT, «Biblioteca clásica del papa Calixto III», *Emérita*, 13 (1945), pp. 289-292. F. MARTORELL, «Un inventario della biblioteca di Calisto III», *Miscelanea Francesco Ehrle*, 5 (1924), pp. 166-191. El inventario que realiza el primero es de 41 libros, mientras que Martorell lo amplía a 243.

de carácter científico. Bartolomé Platina, su bibliotecario, formó un catálogo de autores y otro de materias.

Por su organización, instalación y valor de sus fondos, la Vaticana llegó a ser la más grande de las bibliotecas renacentistas y sirvió de modelo a las que crearon en el siglo XVI Alberto de Baviera y Felipe II. Después de diversas vicisitudes: saco de Roma (1527), clausura en tiempos de Paulo V, ingreso de diversos fondos -Bobbio, biblioteca de Orsini, biblioteca «Reginense» de la reina Cristina de Suecia, etc.-, ocupación napoleónica y apertura en 1890, en la actualidad cuenta con unos 60000 manuscritos, 7000 incunables y 700000 obras impresas³⁸.

La célebre familia de la Casa del Este, duques de Ferrara, creó en los siglos XV y XVI una importante biblioteca, que sobrepasó los 500 volúmenes, entre los que figuraban algunas obras griegas que los duques habían hecho traducir al italiano³⁹. A finales del siglo XVI pasó desde Ferrara a Módena, donde se encuentra en la actualidad⁴⁰.

Las familias de Visconti y de Sforza, señores de Milán, formaron una de las bibliotecas más importantes de su tiempo en el castillo de Pavía⁴¹, que en 1426 contaba con un millar de ejemplares, los cuales estaban escritos, principalmente, en latín, italiano, griego y francés. Esta biblioteca fue llevada a Francia por Luis XII como botín de guerra a finales del siglo XV y en la actualidad se encuentra en la Nacional⁴².

Semejante fue la suerte que corrió la biblioteca de los reyes de Nápoles, cuya importancia se debe al aragonés Alfonso V (1396-1458), llamado el Magnánimo por el mecenazgo que ejerció sobre notables humanistas, entre los que destacan: Lorenzo Valla, Bartolome Fazio, Eneas Silvio Piccolomini, Niccolo Perroto, Antonio Becadelli, Giovanni Pontano, Giannozzo Manetti, Fabio Biondo, Porcellio Pandone, Pier Candido Decembrio y Teodoro Gaza, aunque antes Pedro IV y Martín el Humano habían aportado diferentes fondos. Tanto él como su hijo Fernando I Ferrante (1431-1494) dedicaron muchas personas a la copia, ilustración y encuadernación de sus manuscritos, como Antonio Sinibaldi, Pietro y Virgilio Ursuleo, Giovanni Marco «el Cínico», Jacopo Curlo, y Giovanni Rinaldo Mennio⁴³. La colección se incrementó

³⁸ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 231-232.

³⁹ G. BERTONI, *La biblioteca estense e la cultura ferrarese ai tempi di Ercole I*, Torino, 1903. La obra de este autor italiano se centra en el estudio y análisis de esta biblioteca durante el último cuarto del siglo XV.

⁴⁰ H. ESCOLAR, *op. cit.*, p. 233.

⁴¹ Sobre su composición y creación se puede consultar la obra *La bibliothèque des Visconti et des Sforza, ducs de Milan*, París, 1954.

⁴² H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 233-235.

⁴³ Alfonso V llevó consigo encuadernadores catalanes, entre ellos Baltasar Scariglia, que enseñaron a los napolitanos la técnica del dorado con pan de oro y aportaron el lazo y la forma de rellenar los espacios libres con pequeños hierros mudéjares. J. MÉNDEZ APARICIO, «Las encuadernaciones de los siglos XV y XVI», *Creadores del libro. Del medioevo al Renacimiento*, pp. 92-93.

tanto con incautaciones como por compras, muchas de las cuales se hicieron al librero Bisticci⁴⁴. En ella abundaban, ante todo, los códices latinos, griegos, italianos y castellanos, pero fue víctima de las vicisitudes sobrevenidas al reino a finales del siglo xv: en 1495 Carlos VIII de Francia trasladó a su país más de 1100 libros que, después de estar depositados en el palacio de Fontainebleau, terminaron en la Biblioteca Nacional francesa, mientras que otra parte se llevó consigo el duque de Calabria, Fernando de Aragón, unos 800 volúmenes. De este cuantioso material se produjeron pérdidas durante la desamortización, pero un cierto número de libros —unos 250— pasó a enriquecer la Biblioteca de la Universidad de Valencia y algunos se conservan en la de El Escorial⁴⁵.

La colección de Federico de Montefeltro, duque de Urbino (1422-1482), atesorada en su castillo, contó con más de 1100 volúmenes. Al igual que otros coetáneos, se asesoró en su selección del librero Bisticci, y al frente de la biblioteca puso al juez Federico Veterano, un buen copista. Fue aumentada por sus sucesores, y en el siglo xvii pasó a la Vaticana⁴⁶. En esta biblioteca se conservaban, entre otros libros: una valiosa colección de Santos Padres, las obras completas de Santo Tomás de Aquino, de Alberto Magno y de san Buenaventura y un gran número de obras de medicina; entre los libros modernos descollaban las obras completas de los grandes autores del siglo xiv como Dante, Boccaccio, etc., y los escritos de 25 escogidos humanistas, en latín e italiano, con todas sus traducciones. Atesoraba más de 600 códices latinos y casi 100 griegos, muchos de ellos copiados por 40 escribas que tenía a su cargo⁴⁷.

La mayoría de los conventos, catedrales y monasterios disponían de sermonarios, glosas bíblicas y jurídicas, obras de teología, hasta alcanzar una cantidad considerable de volúmenes. Son ejemplos destacados la biblioteca de los dominicos de Bolonia, que en 1382 poseía 472 ejemplares; la del cabildo

⁴⁴ Sobre esta biblioteca resulta fundamental el estudio de Tammara de MARINIS, *La biblioteca napolitana dei Re d'Aragona*, 4 vols., Milán, 1947-1952. En él hace referencia a más de 900 libros, los cuales tratan sobre materias muy dispares: agricultura, veterinaria, ajedrez, teología, arquitectura, retórica, artillería, medicina, astrología, lógica, botánica, liturgia, derecho, literatura, encuadernación, iluminación, espiritualidad, historia, filosofía, geografía, hagiografía, gramática, geología, etc.

Otros estudios sobre esta biblioteca napolitana, iniciada por Alfonso V, son los siguientes: G. MAZZATINTI, *La biblioteca dei re d'Aragona in Napoli*, Roca S. Casciano, 1897. M. RUFFINI, «La biblioteca degli aragonesi a Napoli e gli umanisti italiani dell'Accademia Alfonsina tra il 1443 e il 1458», *Analele Universitatii Bucuresti: literatura Universala si Comparata*, 2 (1970), pp. 55-82; F. ERSPAMER, *La Biblioteca di don Ferrante: duello e onore nella cultura del Cinquecento*, Roma, 1982; y H. OMONT, «Inventaire de la bibliothèque de Ferdinand I d'Aragon, roi de Naples (1481)», *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 70 (1909), pp. 456-470.

⁴⁵ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 235-237.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 237.

⁴⁷ Noticias referentes a las bibliotecas formadas en Italia durante este siglo y el siguiente, proporciona el estudio de E. BOTTASSO, *Storia della biblioteca in Italia*, Milán, 1984, pp. 9-100.

catedralicio de Verona, con unos mil libros en 1420; y la de la Santa Croce de Florencia, con 781 en el año 1426.

c) ESPAÑA

En España, el humanismo es un reflejo del italiano. Eso sí, aunque no alcanza los refinamientos literarios y prácticos de éste, es más ético, moral y teológico. La cultura humanística, símbolo de delicadeza, pero también de riqueza y pujanza, recibió el mecenazgo de los poderosos, sobre todo en época de los Reyes Católicos (Zúñiga, Lebrija, López de Mendoza y Pedro Mártir)⁴⁸.

Entre los humanistas hispanos de la centuria decimocuarta destacan: el obispo de Burgos Alfonso de Cartagena (1384-1456), el gran maestro de la Orden de San Juan de Jerusalén Juan Fernández de Heredia (1312-1396) y el notario Guillermo de Mallorca⁴⁹. Bajo la corte de Alfonso V en Nápoles, brillaron Juan Ramón Ferrer, Jaime Ripoll, Jerónimo Pau y su hijo Jaime, Fernando Colomer, Pedro Miguel Carbonell (1434-1517), Juan Margarit (1421-1484), Fernando de Córdoba (1421-1486), etc.⁵⁰. Con Enrique IV sobresale la figura del literato, historiador, teólogo y diplomático Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470). Durante el reinado de los Reyes Católicos se asiste a un momento de esplendor del humanismo, descollando, entre otros: Alfonso de Palencia (1423-1490), Juan de Vergara (1492-1557), Hernán Núñez de Guzmán (1475-1553) y Antonio de Nebrija (1442-1522)⁵¹.

Notables fueron también en el siglo XVI los siguientes humanistas: el ex-

⁴⁸ J. GIL, «La cultura humanística en España», *Creadores del libro. Del medievo al renacimiento*, p. 139.

⁴⁹ A comienzos del siglo xv la biblioteca barcelonesa de este notario tenía más de 25 libros; entre ellos, los había de derecho, espiritualidad, gramática, literatura, liturgia, retórica y notaría. L. BATLLE, «Librería del notario Guillermo de Mallorca (1408)», *Revista Bibliográfica y Documental*, 1 (1947), pp. 481-484.

Parecidas, en cuanto a la temática de sus fondos, son las bibliotecas que poseían otros juristas bibliófilos barceloneses de esta época, como es el caso de las formadas por Joan Fontcuberta -con unos 30 libros-, por Jaime Callis —unos 120 volúmenes— y por su hijo Antonio Callis, que poseía unos 150 ejemplares, y por Pedro de Rajadell -con unos 75 libros-. E. MOLINE, «1432. Inventari i encant dels bens d'un notari barceloní», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 10 (1921-22), pp. 277-285 y 425-427. J. M. MADURELL, «Micer Jaume Callis i su biblioteca jurídica», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 33 (1963), pp. 539-607. J. PORTER, «L'inventari d'Antoni Callis, jurista i bibliòfil, amb una curiosa notícia sobre la llibreria de Barcelona en el segle XV», *Jotos Nadal Felic Any Nou desitja als seus amics Josep Porter*, Barcelona, 1954, pp. 3-4. M. MITJA, «Pedro de Rajadell i su biblioteca jurídica», *Estudios históricos y documentos de los archivos de protocolos*, 1 (1948), pp. 65-104.

⁵⁰ Consultese el estudio de A. SORIA, *Los humanistas en la Corte de Alfonso el Magnánimo*, Granada, 1956.

⁵¹ Véase la obra de O. de CAMILLO, *El humanismo castellano del siglo xv*. Valencia, 1976.

celente latinista, filósofo y gramático Hernando Alonso de Herrera (1460-1527); el retórico ciceriano Alfonso García Matamoros (1490-1572); el gran pedagogo y profesor de lengua latina Juan Lorenzo Palmireno (1514-1579); el historiador clásico Alvar Gómez de Castro (1523-1586); Francisco Sánchez, el Brocense (1523-1601); Pedro Juan Perpiña (1530-1566); y el pedagogo Juan Bonifacio (1538-1606).

Entre los humanistas erasmianos, sobresalen: Juan de Vergara, Alfonso Valdés (1490-1532) y Juan Valdés (1499-1541), el arcediano de Alcor Alonso Fernández de Madrid (1474-1559), el benedictino teólogo Alonso Ruiz de Virués (1493-1545), el jesuita y teólogo Juan Maldonado (1533-1583), Pedro Juan Oliver, Diego Gracián de Alderete, el médico y botánico Andrés de Laguna (1495-1560), el pedagogo y filósofo Luis Vives (1492-1540), el tratadista político Fadrique Furió Ceriol (1532-1592), etc. La filosofía platónica fue cultivada, entre otros, por: León Hebreo (1460-1535), Sebastián Fox Morcillo (1528-1560) y Miguel Servet (1511-1553); la aristotélica, por: Juan Gélida (1489-1551), Hernán Pérez de Oliva (1494-1532), Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573), Gaspar Gordillo de Villalpando (1527-1581), Francisco Vallés (1524-1592) y Pedro Juan Núñez (1512-1602). Entre los filósofos de pensamiento independiente sobresalen: Gómez Pereira (1500-1560) y Francisco Sánchez (1552-1632), mientras que precursores de Descartes son: Miguel Sabuco, Juan Huarte (1529-1588) y Pedro Valencia (1529-1588). En teología tradicional y escolástica descuellan, ante los demás: Francisco de Vitoria (1492-1546) y Melchor Cano (1509-1560).

Como humanistas españoles poetas y versificadores sobresalen: Juan de Vilches (1482-1566), Fernán Ruiz de Villegas (1510-1572), Jaime Juan Falcó (1522-1594), Juan de Verzosa (1523-1574), Juan Páez de Castro (1510-1570) y Benito Arias Montano (1527-1598).

Las bibliotecas monásticas acusan desde la segunda mitad del siglo XVII el impacto de la decadencia que va invadiendo las grandes fundaciones cluniacenses y el efecto negativo de la reforma del Cister. Los siglos XIV y XV son de baja en todos los aspectos monásticos tradicionales, incluidos el cultural, bibliotecario y librario.

Frente a este panorama de las instituciones monásticas, surgen las bibliotecas catedralicias y aun de otras iglesias menores. Todo se transforma en ellas: la cantidad de libros, las instalaciones, la diversidad de temas y la organización. El movimiento universitario, primero, y el renacentista después, ejercen fuerte influencia en los cabildos y corporaciones de cuño clerical⁵².

En la Baja Edad Media también surrieron otras colecciones o conjuntos librarios ligados a las casas o conventos de las nuevas órdenes religiosas, no precisamente monacales: franciscanos, agustinos, premonstratenses, domini-

⁵² Puede consultarse la obra de D. WILLIMAN, *Bibliothèques ecclésiastiques au temps de la papauté d'Avignon*, París, 1980.

cos, carmelitas, jerónimos, mercedarios, órdenes militares, etc. En todas hubo biblioteca, más o menos cuantiosa. Sin duda destacó la biblioteca y el «scriptorium» de Guadalupe⁵³.

Pero, en el orden bibliotecal, la gran novedad a partir del siglo XIII fueron las librerías individuales o privadas⁵⁴. Puede asegurarse que desde Alfonso X no había en Castilla rey, reina, príncipe o infante que no se precie de su colección de libros, y se preocupe de acrecentarla, instalarla convenientemente y redactar inventarios⁵⁵. En la familia real aragonesa esta afición bibliofílica todavía es más llamativa⁵⁶. Entre las principales destacan las bibliotecas del marqués de Santillana, el condestable de Castilla o la del escritor Francisco Eximénis⁵⁷. Este último autor, por ejemplo, configuró una biblioteca personal en Valencia a comienzos del siglo XV cercana a los 200 ejemplares, muchos de naturaleza religiosa, pero otros eran de derecho, filosofía, matemáticas o medicina⁵⁸.

Sin embargo, los reyes castellanos del siglo XV, especialmente Juan II (1406-1454) y su hija Isabel (1474-1504), no fueron grandes bibliófilos ni dispusieron de una biblioteca debidamente instalada y organizada, pero gustaron de la lectura y poseyeron bastantes libros. De Juan II, Fernán Pérez de Guz-

⁵³ T. MARÍN MARTÍNEZ, «Bibliotecas eclesiásticas», *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, vol. I, Madrid, 1972, pp. 255-259.

⁵⁴ Referencias a 24 bibliotecas particulares en Barcelona durante la centuria decimoquinta —entre ellas, las de diferentes juristas, médicos, mercaderes, artistas y menestrales— ofrece C. BATLLE en su estudio: «Las bibliotecas de los ciudadanos de Barcelona en el siglo XV», *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'ancien régime*, París, 1981, pp. 15-31. Los temas que tratan sus fondos son variados: astronomía, artúrica, ciencia, clásicos, teología, retórica, patristica, notaría, navegación, escolasticismo, espiritualidad, filosofía, hagiografía, gramática, medicina, liturgia, literatura, historia, etc.

⁵⁵ *Los rois bibliophiles*, Bruselas, 1985, pp. 53-117.

⁵⁶ Se conocen, entre otras, las bibliotecas formadas por Martín I (1357-1410) —configurada por unos 350 libros, de temática diversa y estimable valor bibliófilo—, por el príncipe de Viana, Carlos de Aragón —contenía más de 100 volúmenes, entre los que destacan varias biblias y textos clásicos, franceses y humanistas— y por el condestable Pedro de Portugal, proclamado conde de Barcelona y Rey de Aragón en 1464 —casi 100 libros de materias diversas, destacando la *Gran Conquista de Ultramar*, *Constituciones i usatges de Catalunya* y *Cròniques dels reys d'Aragó*—. J. MASSO, «Inventari dels bens mobles del Rey Martí d'Aragó», *Revue Hispanique*, 121 (1905), pp. 413-590. J. ALTADILL, «La biblioteca y monetario del príncipe de Viana», *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*, 9 (1918), pp. 184-189. A. BELAGUER, «Don Pedro el condestable de Portugal considerado como escritor, erudito y anticuario (1429-1466); estudio histórico-bibliográfico», *Revista de Ciencias Históricas*, 2 (1881), pp. 380-412.

⁵⁷ Véase la obra de C. B. FAULHABER, *Libros y bibliotecas en la España medieval: una bibliografía de fuentes impresas*, Valencia, 1987. También, sobre esta etapa medieval, pueden consultarse los estudios de A. CANELLAS, «Las bibliotecas medievales hispánicas», *J. Zurita. Cuadernos de Historia*, 31-32 (1978), pp. 159-268, y G. CAVALLO, *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma-Bari, 1988.

⁵⁸ J. MONFRIN, «La Bibliothèque de Francesc Eximénis (1409)», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, 29 (1967), pp. 447-484.

mán comenta que «*plazianle muchos libros e historias*»⁵⁹, en especial obras de autores clásicos, literatura y poesía.

Los libros de Isabel La Católica debieron sumar unos 1000 y estar repartidos por varios palacios —Granada, Arévalo, Sevilla, Toledo, Segovia, etc.—, pero otros viajarían en arcones acompañando a la reina en sus desplazamientos⁶⁰. Se mezclaban los ejemplares manuscritos con los impresos, aunque éstos en menor número. Era una colección en la que tenían cabida obras para el aprendizaje del latín, formación de príncipes y nobles, obras de caza y juegos, de arte militar, clásicos en latín y traducidos al castellano, obras de distracción —cancioneros, libros frívolos o de caballerías—, obras musicales, tratados científicos y libros en árabe. La parte más importante se dividía en tres grupos: obras de formación religiosa y espiritualidad, libros jurídicos y crónicas⁶¹. Cuando fundó en Toledo, en 1477, el monasterio de San Juan de los Reyes, estableció en él una nutrida biblioteca que pereció durante la invasión francesa.

Asimismo, los Reyes Católicos establecieron en 1480 que no se pagasen derechos algunos por la introducción de libros foráneos en sus reinos, lo que muestra su talante abierto y favorecedor respecto a esta materia:

«Considerando los Reyes, de gloriosa memoria, quanto era provechoso y honroso que á estos sus Reynos se truxesen libros de otras partes, para que con ellos se hiciesen los hombres letrados, quisieron y ordenaron, que de los libros no se pagase el alcabala; y porque de pocos dias á esta parte algunos mercaderes nuestros naturales y extranjeros han traido, y de cada día traen libros buenos y muchos, lo qual parece que redundá en provecho universal de todos, y en ennoblescimiento de nuestros Reynos; por ende ordenamos y mandamos, que allende la dicha franqueza, que de aquí adelante de todos los libros que se traxeren á estos nuestros Reynos, así por mar como por tierra, no se pidan ni paguen, ni lleven almojarifazgo, ni diezmo ni portazgo, ni otros derechos algunos por los nuestros almojarifes, ni los dezmeros, ni portazgueros ni otras personas algunas, así de las ciudades, villas y lugares de nuestra Corona Real, como de Señoríos, y Ordenes y Behetrías; mas que de todos los dichos derechos y diezmos y almojarifazgos sean libres y francos los dichos libros, y que persona alguna no los pida ni lleve, so pena que, el que lo contrario hiciere, caya é incurra en las penas en que caen los que piden y llevan imposiciones vedadas»⁶².

Del mismo modo, mediante pragmática expedida en Toledo el día 8 de julio de 1502, establecen una serie de diligencias referidas a la impresión y venta de libros en España:

⁵⁹ F. PÉREZ DE GUZMAN, *Generaciones y semblanzas*, Madrid, 1924, p. 122 (ed. de J. DOMÍNGUEZ BORDONA).

⁶⁰ Véanse las obras de F. J. SÁNCHEZ CANTON, *Libros, tapices y cuadros que coleccionó Isabel la Católica*, Madrid, 1950, en la que incluye el índice de sus libros, su identificación y su paradero; y D. CLEMENCIN, «Biblioteca de la reina Doña Isabel e inventario de los libros propios de la reina Doña Isabel», *Elogio de la Reina Católica: Memoria de la Real Academia de la Historia*, VI (1820), pp. 43-480.

⁶¹ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 240-242.

⁶² *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro VIII, título XV, ley I.

«Mandamos y defendemos que ningún librero ni impresor de moldes, ni mercaderes, ni factor de los suso dichos, no sea osado de hacer imprimir de molde aqui adelante por vís directa ni indirecta ningun libro de ninguna facultad ó lectura ó obra, que sea pequeña o grande, en latin ni en romance, sin que primeramente tenga para ello nuestra licencia y especial mandado (...) Ni sean asimismo osados de vender en los dichos nuestros Reynos ningunos libros (...) sin que primeramente sean vistos y examinados por las dichas personas⁶⁵, ó por aquellos à quien ellos lo cometieren, y hayan licencia dellos para ello; so pena que (...) pierdan todos los dichos libros, y sean quemados todos públicamente en la plaza de la ciudad, villa ó lugar donde los hubieren hecho, ó donde los vendieren (...) y demas mandamos que no puedan usar mas del dicho oficio»⁶⁴

Posteriormente, Carlos I, en las órdenes expedidas en el año 1554 en La Coruña, modifica la normativa anterior, mandando que sólo puedan conceder licencias para imprimir libros el presidente u otro miembro del Consejo, «a los quales encargamos, los vean y exâminen con todo cuidado, porque somos informados que de haberse dado dichas licencias con facilidad, se han impreso libros inútiles y sin provecho alguno, y donde se hallan cosas impertinentes», a la vez que impone depositar el original en el Consejo para evitar alteraciones en el texto⁶⁵.

De los reyes, la moda bibliofílica prendió en nobles⁶⁶, señores y en simples ciudadanos⁶⁷. Así, y como reflejo de las aficiones literarias de la corte de Juan II, surgió la biblioteca de los condes de Benavente instalada en su castillo e iniciada, en la primera mitad del siglo xv, por el segundo conde, don Rodrigo Alonso Pimentel (m. en 1440). En ella se encontraban, junto a los abundantísimos libros de carácter religioso, otros de filosofía, caza, cocina, ajedrez, veterinaria, patristica, medicina, matemáticas, literatura, lógica, historia, agricultura, ganadería, gramática etc. La biblioteca fue acrecentada por sus sucesores, pero en el siglo xvii se empezó a olvidar. Gran parte de sus fondos fueron vendidos en el siglo xix y hoy forman parte de otras bibliotecas nacionales e internacionales⁶⁸.

⁶⁵ Se refiere a los presidentes de las chancillerías y audiencias, a los arzobispos de Toledo, Sevilla y Granada y a los obispos de Burgos y Salamanca.

⁶⁴ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro VIII, título XVI, ley I.

⁶⁵ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro VIII, título XVI, ley II.

⁶⁶ Hay que distinguir entre una primera generación de nobles, a principios de siglo, que carece de formación filológica y de la visión histórica suficiente como para entrar de lleno en el humanismo, pero que está bastante influida por el mismo, y una segunda generación que ya ha podido lograr en las universidades la formación adecuada, y ha tenido la oportunidad de viajar o entablar relación con personalidades imbuidas de la visión modernista del mundo que aporta dicho movimiento. M. SÁNCHEZ MARIANA, «El libro en la Baja Edad Media. Reino de Castilla», *Historia ilustrada del libro español. Los manuscritos*. Madrid, 1993, p. 210.

⁶⁷ Sobre el tema de las bibliotecas nobiliarias en Castilla durante la centuria decimoquinta puede consultarse el estudio de M. A. LADERO QUESADA y M. C. QUINTANILLA, «Bibliotecas de la alta nobleza castellana en el siglo xv», *Livre et lecture en Espagne et en France sous l'ancien régime*, pp. 47-59.

⁶⁸ J. HAROLD ELSDON, *The library of the Counts of Benavente*, 3ª ed., 1962. I. BECEIRO, «Los libros que pertenecieron a los condes de Benavente, entre 1434 y 1530», *Hispania*, 43 (1983), pp. 237-260.

Merece especial atención la biblioteca que reunió el marqués de Santillana (1398-1458). Formó la colección de manuscritos más interesante en la España del siglo XV, la mayoría adquiridos por él respondiendo a sus anhelos. En la biblioteca estaban representados autores como Platón, Virgilio, Dante, Ovidio, Homero, Aristóteles, César, Salustio, Tucídides, Lucano, San Agustín, Boecio, San Ambrosio, Petrarca y Bocaccio. Los temas, al igual que en un elevado porcentaje de bibliotecas similares, son muy variados: hagiografía, astronomía, retórica, teología, ciencia, historia, literatura, derecho, patristica, clásicos, escolasticismo, filosofía, etc. A pesar de que en 1702 un incendio estalló en el palacio de Guadalajara, parte de la colección sobrevivió hasta 1884, fecha en que fue adquirida por el Gobierno español al duque de Osuna⁶⁹.

Una buena biblioteca debió ser la de Enrique de Villena (1384-1434)⁷⁰, hombre de gran cultura y aficionado a las ciencias ocultas, por lo que tuvo fama de brujo. De ahí que, a su muerte, Juan II ordenó que sus libros fuesen examinados por su confesor Lope de Barrientos, que mandó la quema de varios. Los que se salvaron pasaron a poder del marqués de Santillana y después a la biblioteca del duque del Infantado y, al deshacerse ésta, a la Biblioteca Nacional. Es difícil, por este motivo, saber el número de volúmenes que atesoró, pero contenía obras de Aristóteles, Platón, Homero, Jenofonte, Horacio, Virgilio, Juvenal, Terencio, Suetonio, Plinio, Séneca, Tito Livio, Cicerón, Dante, Petrarca, Bocaccio, etc.⁷¹.

También el conde de Haro, don Pedro Fernández de Velasco (1399-1470) formó su biblioteca. En este caso la instaló en el Hospital de la Veracruz de Medina del Pomar⁷², que el había fundado para asilo de ancianos hidalgos (a. 1454). Poseyó unos 150 volúmenes, de los que unos 85 eran libros sagrados y eclesiásticos, unos 45 eran de historia y unos 25 eran crónicas y leyes⁷³. Su catálogo indica que estaba dotada de una cierta organización biblioteconómica.

El cardenal Pedro González de Mendoza (1428-1495), hijo del marqués de Santillana, llegó a constituir otra gran biblioteca privada, con unos 650 volúmenes. De ellos abundan los libros sagrados, de filosofía y moral, de erudición y literatura, de historia y de medicina; además contaba, en menor número, con obras de derecho, cosmografía, de ciencias y artes⁷⁴.

⁶⁹ Consúltese la obra de M. SCHIFF, *La Bibliothèque du Marquis de Santillane*, París, 1905.

⁷⁰ Centrados en esta biblioteca son los estudios de Th. de PUYMAIGRE, «Don Enrique de Villena et sa bibliothèque», *Revue des Questions Historiques*, XI (1872), pp. 526 y ss, y E. CO-TARELO, *Don Enrique de Villena, la vida y obras*, Madrid, 1890.

⁷¹ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 242-243.

⁷² Se pueden consultar los estudios de J. N. LAWRENCE, «Nueva luz sobre la biblioteca del conde de Haro: inventario de 1455», *El Crotalón: Anuario de Filología Española*, I (1984), pp. 1073-1111; y de J. de SAN PELAYO, «La biblioteca del buen conde de Haro», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, VIII (1903), pp. 182-193 y IX (1903), pp. 124-139.

⁷³ H. ESCOLAR, *op. cit.*, p. 245.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 245-246.

De finales de este siglo y comienzos del siguiente data la formada por el marqués de Priego, Pedro Fernández de Córdoba (m. en 1517), la cual contenía preferentemente fondos de carácter litúrgico⁷⁵.

Estas bibliotecas nobiliarias se caracterizaban por la diversidad de temas o materias que solían formar parte de sus fondos librarios, v. gr.: veterinaria, matemáticas, gramática, ciencia, caza, filosofía, lógica, agricultura, espiritualidad, liturgia, teología, sermones, literatura, escolasticismo, historia, patristica, derecho, clásicos, medicina y hagiografía. Aunque siempre hay tres ámbitos de interés comunes a los nobles: la política, la fe y la historia⁷⁶.

No tan conocida como las anteriores, pero no por eso menos interesante, fue la impresionante biblioteca que formó Miguel Abeyar, notario y bibliófilo mallorquín del siglo xv. Se trata de una biblioteca con casi 500 ejemplares, en donde destacan sus textos clásicos y humanísticos. Además de éstos, también atesoraba libros sobre botánica, agricultura, derecho, astronomía, filosofía, historia, geografía, liturgia, matemáticas, literatura, navegación, magia, notaría, medicina, teología, gramática, lógica, etc.⁷⁷.

Mención especial merece también la biblioteca creada durante la segunda mitad de esta centuria por el maestro Juan de Segovia en Salamanca. En ella, se custodiaban, además de textos clásicos, humanísticos y de índole religioso, obras de derecho, medicina, filosofía, historia, gramática y retórica. El 9 de octubre de 1457 donó a la Universidad salmantina 88 códices, de los que 36 eran en pergamino⁷⁸, porque «*en estas bibliotecas se encontraban más seguros y menos sujetos a dispersión y pérdida que en las bibliotecas particulares*». Entre las condiciones impuestas para el servicio de los libros sobresalen dos: todos tenían que estar encadenados en la «*librería communis*» de la Universidad y en ningún caso podían ser vendidos o enajenados⁷⁹.

En el ámbito eclesiástico destacaron las siguientes bibliotecas: la del Papa Luna (1328-1423)⁸⁰; la del arzobispo de Toledo Pedro Tenorio⁸¹; la de Fer-

⁷⁵ M. C. QUINTANILLA, «La biblioteca del marqués de Priego (1518)», *La España medieval: estudios dedicados al prof. D. Julio González*, Madrid, 1980, pp. 247-383.

⁷⁶ M. A. LADERO y M. C. QUINTANILLA, *op. cit.*, p. 49.

⁷⁷ E. K. AGUILLO, «Inventari dels bens y heretat den Miquel Abeyar», *Butlletí de la Societat Arqueològica Lulliana*, 7 (1897-98), pp. 435-452.

⁷⁸ J. GONZALEZ, *El maestro Juan de Segovia y su biblioteca*, Madrid, 1944, pp. 151-187; M. TORRES, «Juan de Segovia y su donación de manuscritos a la Universidad de Salamanca», *Anales de la Asociación Española para el progreso de las ciencias*, 4 (1939), pp. 947-964; y *Biblioteca de Juan de Segovia: edición y comentario de su escritura de donación*, Madrid, 1984 (ed. de B. HERNÁNDEZ MONTES).

⁷⁹ P. BOHIGAS, *op. cit.*, pp. 34-35.

⁸⁰ Pedro de Luna (Benedicto XIII) formó su biblioteca, primero en Aviñón (1394-1410) y después en Reus y Peñíscola (1411-1423). Sus libros delatan un carácter universitario con un ansia constante de conocimiento y marcan su acercamiento y conversión al humanismo temprano. Al morir la legó al cardenal Muñoz, natural de Teruel, pasando después de éste a la familia de su nombre, que fue la de los barones de Escriche. Deseollaba por la calidad de obras manuscritas de la época. En ella se contabilizaron más de 2000 volúmenes y tenían cabida temas dis-

nándo Pérez Calvillo, obispo de Tarazona (murió en 1404-05)⁸²; la de Juan de Cervantes, arzobispo de Sevilla (falleció en 1453)⁸³; la de Luis de Acuña y Osorio, obispo de Segovia (1430-1495)⁸⁴; la de Diego de Anaya, obispo de Salamanca (1357-1437)⁸⁵; la de Lope Rodrigo, obispo de Sigüenza; la de Pedro de Montoya, obispo del Burgo de Osma; y la del citado maestre Juan Fernández de Heredia (1310-1396). Todas estas bibliotecas están mucho más vinculadas con la particular personalidad de sus dueños que con sus oficios y dignidades⁸⁶, soliendo tener, en un elevado porcentaje, fondos de carácter religioso. De hecho, y salvo excepciones, las bibliotecas episcopales y diocesanas propiamente dichas no aparecen hasta la Edad Moderna. Entre las singularidades puede citarse la biblioteca episcopal de Gerona, ya formada en el siglo XIV y con fondos de carácter diverso: astronomía, literatura, ciencia, liturgia, clásicos, derecho, medicina, filosofía, patristica, gramática, historia, hagiografía, teología, etc.⁸⁷.

pares, v. gr.: teología, sermones, retórica, patristica, matemáticas, zoología, biblia, agricultura, medicina, música, astrología, astronomía, botánica, arquitectura, derecho, escolasticismo, espiritualidad, filosofía, clásicos, historia, literatura, lógica, geografía, geología, hagiografía, notaría y patristica. Se conocen, al menos, dos inventarios de los «*libri qui portantur ubique por servitio domini nostri pape Benedicti XII*»; el primero -confeccionada entre 1413-15- con más de 300 títulos (»*Inventarium librarie maioris castri Peniscole*», Biblioteca Nacional de París, ms. latín 5156 A), y el segundo, del año 1423, con casi 600 (»*Inventario de los libros del Studio de Peñíscola*», Biblioteca de Cataluña, mss. 235). M. BARCELONA, «La biblioteca papal de Peñíscola», *Estudis Franciscans*, 29 (1923), pp. 266-272. P. GALINDO, *La biblioteca de Benedicto XIII (D. Pedro de Luna)*, Zaragoza, 1929. M. H. JULLIEN DE POMMEROL y J. MONFRIN, *La bibliothèque pontificale à Avignon et à Peñíscola pendant le grand schisme d'occident et sa dispersion*, Roma, 1991. T. LAGUNA, «La biblioteca de Benedicto XIII», *Benedicto XIII, el papa Luna*, Zaragoza, 1994, pp. 75-90. A. MAIER, «Die Bibliotheca minor Benedikts XIII (Petrus de Luna)», *Archivum Historiae Pontificiae*, 3 (1965), pp. 139-191.

⁸¹ La notable biblioteca de este arzobispo de Toledo (1377-1399), fue donada por él a su catedral. El acta de donación de esta biblioteca, fechada el día 15 de octubre de 1383, está considerada por los especialistas como el acta fundacional de la Capitular de Toledo.

⁸² T. MARÍN, «Inventario de la biblioteca del cardenal Pérez Calvillo», *Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad*, 16 (1960), pp. 115-136. A su muerte, esta colección libraria pasó a formar parte de los fondos de la catedral de Tarazona.

⁸³ En su testamento la legó a la catedral de Sevilla

⁸⁴ N. LÓPEZ MARTÍNEZ, «La biblioteca de don Luis de Acuña en 1490», *Hispania*, LXX-VIII (1960), pp. 81-110.

⁸⁵ Diego de Anaya dispone que cuando fallezca su biblioteca sea donada al colegio salmantino de San Bartolomé.

⁸⁶ Un estudio más generalizado sobre el campo bibliotecal eclesiástico es el de A. DURAN, «Las bibliotecas eclesiásticas de la diócesis de Jaca a finales del siglo XV», *Argensola*, 13 (1962), pp. 49-99.

⁸⁷ Véase la obra de L. BATLLE, *La biblioteca de la catedral de Gerona desde su origen hasta la imprenta*, Gerona, 1947.

d) FRANCIA

En Francia no faltaron bibliófilos entre los sucesores de Luis IX (1226-1270). Entre ellos destacó Carlos V (1364-1380), cuya biblioteca principal estuvo instalada en tres salas de una torre del Louvre. Estaba formada por obras del agrado del monarca, principalmente narrativas e históricas, escaseando los libros en latín. Se calcula en unos 900 manuscritos, iluminados con hermosas pinturas y encuadernados, los cuales se prestaban, para su lectura, en atriles giratorios y después se devolvían a las estanterías, colocándolos tumbados en las baldas. Está considerada como el primer intento de formar una biblioteca nacional francesa.

Carlos VI (1380-1422) incrementó la colección de su padre, Carlos V⁸⁸, con más de 200 códices y un centenar de manuscritos hebreos. A su muerte, esta rica biblioteca, con más de 1200 manuscritos, quedó dispersada.

Se sintieron atraídos igualmente por los libros, y llegaron a poseer ricas bibliotecas los hermanos de Carlos V: los duques Felipe de Borgoña, Luis de Anjou y Juan de Berry. Las colecciones mantenían un cierto equilibrio entre obras religiosas, como los libros de horas, y laicas, con las literarias e históricas, la mayoría francesas. No había apenas obras teológicas —el fondo principal de las bibliotecas medievales—, aunque sí algunas de piedad y devoción, medicina y astronomía⁸⁹.

Un caso sobresaliente de biblioteca suntuosa fue la formada por los duques de Borgoña durante el siglo xv. A la muerte de Juan Sin Miedo (1419), segundo duque de Borgoña, en el palacio ducal de Dijon había unos 250 volúmenes de los que casi 70 eran para el servicio religioso y el resto eran representantes de la literatura francesa de la época. Su sucesor, Felipe el Bueno (1419-1467), aumentó la colección recurriendo a la compra, a donativos o a la copia de libros, la mayoría a satisfacer sus gustos personales y de sus familiares; aparte de breviaros y libros de horas, proliferaban los libros religiosos, hagiográficos, historias antiguas, crónicas y libros de literatura caballerescas. Parece ser que no existió una sala destinada a conservar los libros, sino que debieron estar repartidos en los diversos palacios. Cuando murió, sumaban casi 900 libros. Su hijo Carlos el Atrevido falleció diez años después que su padre y la herencia pasó a la casa de Habsburgo. Ello supuso una dispersión de los fondos bibliotecarios⁹⁰.

Importante por la calidad de sus obras, entre las que destacaban varios manuscritos de Cicerón, fue la colección libraria formada por el humanista normando Guillaume Euvrie⁹¹.

⁸⁸ Sobre la biblioteca de este monarca se pueden consultar las obras de L. DELISLE, *Recherches sur la Librairie de Charles V*, París, 1907, y BIBLIOTHEQUE NATIONALE, *La Librairie de Charles V*, París, 1968.

⁸⁹ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 247-248.

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 248-250.

⁹¹ E. PELLEGRIN, *Bibliothèques retrouvées. Manuscrits, bibliothèques et bibliophiles du Moyen Age et de la Renaissance*, París, 1988, pp. 437-456.

Preferencia por los ejemplares lujosos tuvieron las féminas. De este modo, reinas como Juana de Evreux, Juana de Borgoña y Blanca de Navarra, o infantas como Yolanda, la hija de Carlos VII, o condesas como la de Montpensier, o duquesas como Margarita de York, reunieron numerosos libros⁹².

e) OTROS PAÍSES

En el resto de Europa también se asiste a la formación de importantes bibliotecas durante el Renacimiento.

En Alemania hubo notables bibliotecas privadas de humanistas. La principal fue la formada por Beato Renano (1485-1547). Otros humanistas que tuvieron bibliotecas notables fueron el filósofo Nicolás de Cusa (1401-1464) y Konrad Peutinger (1465-1547).

También los príncipes crearon importantes bibliotecas. Quizá la más interesante de todas fue la que formaron los electores del Palatino en Heidelberg, llamada «Palatina»⁹³. Además destacó la configurada por Federico III el Sabio (1464-1525), elector de Sajonia, en Wittenberg.

Estas bibliotecas estuvieron abiertas a todos los que precisaban consultar los libros y obtenían la autorización correspondiente. También aparecieron en Alemania unas bibliotecas municipales abiertas al poco público capaz de entender los libros en latín que contenían sus colecciones, la mayoría referentes a temas legales, médicos e históricos⁹⁴.

En Inglaterra los miembros de la casa de Lancaster se mostraron aficionados a los libros, desde su primer rey Enrique IV (1366-1413), poseyendo buenas bibliotecas⁹⁵.

La mayor de las bibliotecas de la Europa Central fue la de Matías Corvino (1458-1490), rey de Hungría, uno de los mejores clientes de Bisticci. Aficionado a los libros, al igual que su esposa Beatriz de Aragón, hija del rey Fernando de Nápoles, los fondos de su librería alcanzaron una cifra superior al millar⁹⁶. En una sala del palacio preparó dos habitaciones, en una de ellas colocó los libros latinos y en la otra los griegos y orientales, todos revestidos de ricas ornamentaciones. A su muerte la colección se dispersó⁹⁷.

⁹² H. ESCOLAR, *op. cit.*, p. 248.

⁹³ Véase la obra *Bibliotheca Palatina*, 2 vols., Heidelberg, 1986.

⁹⁴ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 251-252.

⁹⁵ Un estudio, de carácter general, sobre estas bibliotecas es el que presenta N. R. KER en su obra *Books, collectors and libraries*, Londres, 1985.

⁹⁶ Véase la obra de C. CSAPODI, *The Corvinian Library. History and stock*, Budapest, 1973.

⁹⁷ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 252-253.

3. LAS BIBLIOTECAS EN EL SIGLO XVI

a) EUROPA

La bibliofilia, tal y como se entiende en la actualidad, nace en la primera mitad del siglo XVI, cuando la imprenta se ha extendido por toda Europa y existe en circulación una cantidad suficiente de libros como para que, unida a la producción manuscrita, que todavía es amplia, pueda constituirse una colección orgánica de textos acorde con los gustos de cada bibliófilo. La noción de la bibliografía universal, preconizada por el humanista y médico suizo Conrad Gesner en 1545, es tomada también por otros bibliófilos de la época, que pretenden reunir todos los libros impresos hasta entonces; ilusión que se desvanecerá en la generación siguiente, cuando la imprenta se extiende por América y la producción se ha incrementado de tal manera que ha convertido en utopía el propósito de la biblioteca universal⁹⁸

En el siglo XVI se desarrolló considerablemente la lectura en Europa como parece desprenderse del incremento de libros impresos, que pasaron de unos 20 millones de ejemplares en el siglo XV a unos 200 en el XVI. Causa determinante del aumento de lectura fue el abaratamiento del libro. Creció también el número de personas capaces de leer porque se amplió la enseñanza primaria, pero se acrecentó en mayor proporción el de personas con estudios medios y superiores. La mayoría de estos nuevos lectores fue reclutada entre los niños, que anteriormente no iban a la escuela, las mujeres y las clases más desfavorecidas económicamente; para ellos se produjo la mayor parte de los textos simples y fácilmente legibles: calendarios, hojas de noticias, indulgencias, devocionarios, propagandas, normas de urbanidad, etc.⁹⁹

La imprenta vino a colmar una necesidad hondamente sentida, pero no todos los humanistas acogieron su invención con entusiasmo. Antes al contrario, fueron muchos los que hicieron patente su desagrado, ya que hay que tener presente que, con excepción de algunos impresores humanistas, los impresores de incunables eran, por encima de todo, artesanos que trabajaban para ganarse la vida. Por eso son los incunables, en general, libros de amplia demanda, y destinados a un público seguro, ya sea eclesiástico, en la gran mayoría de los casos, ya laico, si se trataba de libros de divertimento y fácil venta¹⁰⁰.

Varios son los humanistas que juzgaron a la imprenta como una novedad que tendía a uniformarlo todo, con desdoro de la calidad. Por ejemplo, Federico de Montefeltro rehusó acoger en su magnífica biblioteca un solo libro im-

⁹⁸ M. SÁNCHEZ MARIANA, *Bibliófilos españoles. Desde sus orígenes hasta los albores del siglo XX*, Madrid, 1993, p. 35.

⁹⁹ R. HIRSCH, «Imprenta y lectura entre 1450 y 1550», *Libros, editores y público en la Europa moderna*, Valencia, 1990, pp. 62-63.

¹⁰⁰ L. CORTES, *Del papiro a la imprenta*, Madrid, 1988, pp. 92-93.

preso, mientras que Erasmo (1467-1536) y Juan Murrnellius (1479-1517) consideran nefasta su influencia. También se da el caso contrario, y varios de ellos alaban la tipografía, como Giovanni Andrea de Bussi (1417-1475), secretario de Nicolás de Cusa y bibliotecario de la Vaticana, quien afirmaba que Dios había dado a la humanidad un regalo que permitía adquirir libros, incluso a los pobres, pues los precios llegaron a descender un 80 por 100¹⁰¹.

Desde un principio se reconoció que la imprenta había abaratado el libro notablemente, pero no todos sus contemporáneos pensaban como el obispo De Bussi. Filippo di Strata, teólogo dominico que vivía en Venecia a finales del siglo xv, se dolía de que la baratura ponía en manos de personas sin formación libros que podían arrastrarlas a la herejía y al pecado. Algunos, con un sentido aristocrático de la cultura, se lamentaban de que las materias que en tiempos anteriores fueron privilegio de sabios, ahora estaban al alcance de cualquiera y en lenguas vulgares¹⁰². Por otra parte, la aceptación social y la difusión de la imprenta fue infinitamente más rápida que la de otros progresos del libro, como el códice o el papel, que tardaron siglos en generalizarse¹⁰³.

La producción de incunables prestó especial atención a los libros litúrgicos y eclesiásticos, entre los cuales 418 breviarios, 73 diurnales, 364 misales, así como gran cantidad de obras de doctores medievales: 205 ediciones de san Alberto Magno, 189 de san Buenaventura, 187 de san Agustín, 174 de san Bernardo y 136 de san Antonio de Florencia. Se imprimieron las primeras biblias en lengua vulgar: alemán, catalán, checo, etc., mientras que en el siglo xvi fue traducida a todas las lenguas europeas: holandés, francés, inglés, sueco, español, danés, islandés, croata, finlandés, polaco, esloveno, rumano, cuskera, lituano... El número de títulos de libros incunables se calcula entre 30000 y 40000, con una cantidad de ejemplares superior a veinte millones¹⁰⁴.

Durante el siglo xvi sigue existiendo una preponderancia clara del libro religioso (un 45%), en especial las biblias, de las que se hicieron más de 125 ediciones. Se publicaron también libros litúrgicos, como los misales, antifona-

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 93.

¹⁰² Más del 75% de la producción de los incunables estaba en latín. El resto, en proporción descendente, lo estaba en italiano, alemán, francés, holandés, español, inglés, checo... Pero esto no significa que existiese una aversión por la literatura vulgar, ya que, por ejemplo, el 17,5% de los incunables impresos en tierras italianas estaba en italiano; el 19,7% de los impresos en el área de la lengua alemana, estaba en alemán; el 24% de los incunables impresos en los Países Bajos, estaba en flamenco u holandés; el 23,3% de los libros impresos en el siglo xv en Francia, estaba en francés; el 55% de los incunables impresos en Gran Bretaña, estaba en inglés; y el 51,9% de los impresos en España, estaba en castellano o catalán. Como manifiesta Hirsh, el latín seguía siendo, durante el siglo xv, la lengua internacional, no limitado en su uso a ningún país, mientras la producción en lenguas vulgares estaba, en cada caso, confinada a los territorios en que éstas se hablaban. R. HIRSCH, *op. cit.*, pp. 42-44.

¹⁰³ H. ESCOLAR, *Historia del libro*, p. 361.

¹⁰⁴ J. MARTINEZ DE SOUSA, *Pequeña historia del libro*, Barcelona, 1992, p. 96.

rios, pontificales, breviarios, diurnos y devocionarios. Son asimismo comunes los libros sobre la doctrina cristiana¹⁰⁵.

Entre los libros laicos destacan los destinados a la enseñanza, como la gramática. Entre las obras lexicográficas sobresalen los diccionarios. El libro técnico también tiene su expresión en esta época, v. gr.: botánica, zoología, anatomía, medicina, matemáticas, etc., al igual que la edición de obras de autores clásicos: Virgilio, Homero, Cicerón, Aristóteles, Boecio, Terencio, Salustio, Ovidio, Séneca, etc. Libros con mapas, planos, vistas de ciudades y corografías interesan mucho al público; se realizan con exactitud y se editan con gran éxito¹⁰⁶. También fue grande la popularidad alcanzada por las obras históricas, literarias y la poesía¹⁰⁷. En conjunto, y siguiendo a Linhart, el porcentaje de la producción libraria sería la siguiente: teología (44'49%), literatura y filosofía (36'07%), leyes (10'93%) y ciencias y pseudociencia (8'51%)¹⁰⁸.

Como Febvre y Martin aseveran, hacia los años de 1500-1510, la imprenta ha vencido. En las bibliotecas, los libros estampados relegan cada vez más a un segundo plano a los libros manuscritos, de forma que hacia mediados de esta centuria decimosexta éstos sólo son consultados por los eruditos, aunque con ciertas matizaciones en atención a los temas o materias tratados¹⁰⁹.

La reforma, con la violencia que desató en las pasiones, fue la causante de la destrucción de muchas bibliotecas en Alemania. Otras se perdieron por desidia cuando se confiscaron y secularizaron los bienes eclesiásticos¹¹⁰. En Francia las luchas religiosas fueron causa de la destrucción de gran número de libros. Más sistemáticas fueron las destrucciones ordenadas por Enrique VIII (1491-1547) y Eduardo VI (1537-1553), en Inglaterra, donde desaparecieron cerca de un millar de bibliotecas monacales y universitarias¹¹¹. Pero, como dice H. Escolar, si se destruyeron muchos libros, también se publicaron muchos más, y si desaparecieron bibliotecas, surgieron otras nuevas¹¹².

¹⁰⁵ R. HIRSCH, *op. cit.*, p. 33.

¹⁰⁶ Abraham Ortelius está considerado como el cartógrafo más famoso del siglo XVI, pues es el creador del atlas en el sentido moderno de la palabra, con su *Theatrum orbis terrarum*, editado en Amberes en 1570. Una enorme difusión tuvo también el *Civitas orbis terrarum*, editado en Colonia en 1572 e ilustrado por Frans Hogenberg y Georg Braun.

¹⁰⁷ Véanse las obras de F. HERNÁNDEZ DE CASTILLA, *Libros y librerías del siglo XVI*, México, 1982; K. HAEBLER, *Introducción al estudio de los incunables*, Madrid, 1995; L. F. HAIN, *Repertorium bibliographicum*, 4 vols., Stuttgart, 1826-1838; y W. A. COPPINGER, *Supplement to Hain's Repertorium bibliographicum*, 3 vols., Londres, 1895-1902.

¹⁰⁸ J. M. LINHART, *Pre-Reformation printed books*, Nueva York, 1935, pp. 68-70.

¹⁰⁹ Idea recogida por L. FEBVRE y H. J. MARTIN en su obra *L'apparition du livre*, París, 1958.

¹¹⁰ S. DAHL, *Historia del libro*, Madrid, 2ª ed., 1983, pp. 141-142.

¹¹¹ Consúltese la obra de T. A. BIRRELL, *English monarchs and their books from Henry VII to Charles II*, Londres, 1987.

¹¹² Por ejemplo, en Inglaterra, destacan entre las bibliotecas particulares, las formadas por Thomas Allen, John Dee, Robert Cotton, Simonds D'Ewes, el arzobispo Ussher, el arzobispo Laud y lord Lumley. A. G. WATSON, «Thomas Allen of Oxford and his manuscripts», *Medieval scribes, manuscripts et libraries*, Londres, 1978, p. 279.

Martín Lutero (1483-1546) pidió a los consejeros de las ciudades alemanas que establecieran buenas bibliotecas, campaña que fue apoyada por Melanchton (1497-1560). Como consecuencia surgieron pequeñas bibliotecas en las iglesias, y a las bibliotecas municipales que empezaron a crearse en Alemania en el siglo xv se sumaron otras, como las de Nuremberg, Ulm, Augsburgo, Hamburgo, Lindau, Zwickau, etc. En 1515 se estableció la biblioteca del Gymnasium de Altenburg, la cual alcanzó pronto la cantidad de mil ejemplares gracias a los frecuentes donativos que recibía y al producto que dejaban las multas impuestas a los estudiantes por las horas de disipación ¹¹³.

En Francia, en este siglo, forman su biblioteca municipal Aix-la Chapelle y Lyon ¹¹⁴. En los Países Bajos la Biblioteca Municipal de Amsterdam fue creada en 1578.

Asimismo, se fundaron nuevas universidades en toda Europa, a las que fue preciso dotar de biblioteca, como las de Wittenberg, Jena, Leyden, Utrecht, Ginebra, Edimburgo, Alcalá de Henares, Amsterdam, etc.

Sin duda, las mayores colecciones privadas de libros pertenecían a los reyes y a los miembros de la alta nobleza civil y religiosa, algunas con más de 1000 obras. Junto a ellos estaban los mercaderes y la aristocracia del dinero (como los Fugger). Seguían después los médicos y los hombres de carrera política y administrativa, cuyas bibliotecas podían alcanzar el medio millar de volúmenes, en su mayoría de carácter profesional. Las bibliotecas de otros colectivos, como profesores, artistas ¹¹⁵ y artesanos, podían oscilar entre la quincena y el centenar de libros. De todas las maneras, hay que advertir que no todos los que pertenecían a estos grupos poseían libros ¹¹⁶.

El origen de estas bibliotecas particulares podía ser tanto la herencia, elemento tradicional que pocas veces falta, como las compras y los donativos, las primeras costosísimas y los segundos más o menos forzados. Por otra parte, el destino de estas bibliotecas, salvo excepciones, era la dispersión de sus volúmenes ¹¹⁷.

Entre las bibliotecas creadas por los reyes y los príncipes en el siglo xvi han perdurado, tras varios siglos de continuado crecimiento, tres que tienen

¹¹³ O. WEISE, *La escritura y el libro*, 3ª ed., Barcelona, 1935, pp. 138-139.

¹¹⁴ R. Doucet ha realizado un estudio de casi 200 inventarios pertenecientes a otras tantas bibliotecas privadas francesas entre 1493 y 1560. Entre ellas, sobresalen las del abogado del parlamento de Paría, Jean Le Feron, que en 1548 atesoraba 670 volúmenes; la del librero jurado de la Universidad, Jean Janot, con 162 ejemplares en 1522; la de Nicole Gilles, notario y secretario del Rey, quien en 1499 poseía 64 libros; y la del mercader bordador, Pierre Valet, que en 1555 reunió 59 obras. R. DOUCET, *Les bibliothèques parisiennes au XVI siècle*, París, 1956, pp. 83-164.

¹¹⁵ Se sabe, por ejemplo, de los libros del arquitecto Juan de Herrera (1530-1597) y de El Greco (1541-1614). F. J. SÁNCHEZ CANTON, *La librería de Juan de Herrera*, Madrid, 1941. F. de SAN ROMAN, *El Greco en Toledo*, Madrid, 1910, pp. 81-83 y 195-197.

¹¹⁶ H. ESCOLAR, *Historia de las bibliotecas*, pp. 254-257.

¹¹⁷ H. LULFING, «Libri e classi sociali nei secoli XIV e XV», *Libri e lettori nel Medioevo*, Roma, 1983, pp. 167-230.

hoy categoría de nacionales: la Biblioteca Nacional francesa (el creador fue Francisco I en 1547, quien la instaló primero en Fontainebleau y nombró bibliotecario al humanista Guillaume Budé, estableciendo a su favor el depósito legal), la Biblioteca Nacional de Baviera (iniciada en 1558 por el duque Alberto V, gracias a la compra de la colección libraria de Johann Albrecht Widmanstetter) y la Biblioteca Nacional de Austria (su fundación real se debe a Maximiliano II en torno a 1550, quien, al año siguiente, dictó un decreto obligando a los impresores a entregar tres ejemplares de lo que produjeran y designó bibliotecario al calvinista holandés Hugo Bloccio, autor de un catálogo de 7370 volúmenes), y otras que mantienen su prestigio y riqueza: Wolfenbuttel¹¹⁸, Hessen-Darmstadt¹¹⁹, Koenisberg¹²⁰, Dresde¹²¹, etc.

En la segunda mitad de esta centuria es cuando, de forma más frecuente, se elaboran catálogos, recuentos, recopilaciones, clasificaciones e inventarios de los fondos bibliotecarios, con lo que éstos se difunden y dejan de tener el carácter hermético que hasta ese momento había predominado¹²². Las aportaciones compiladoras y los sistemas de clasificación de bibliógrafos renacentistas como Antoine du Verdier, François de La Croix du Maine, Anton Francesco Doni, etc., contribuyen a esta práctica, a la vez que ocasionan que los libros puedan ser consultados y, de vez en cuando, prestados¹²³.

b) ESPAÑA Y AMÉRICA

En España, sin duda, destacan la Biblioteca de la Universidad Complutense (el fundador, a comienzos del siglo XVI, fue el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros), la Biblioteca Colombina o Fernandina¹²⁴ (organizada por Her-

¹¹⁸ El fundador de esta notable biblioteca fue el duque Julius Brunswick Wolfenbuttel (1568-1586), alcanzando los 10000 volúmenes en tiempos de su sucesor Heinrich Julius (1589-1613).

¹¹⁹ Iniciada en 1567 por Jorge I.

¹²⁰ Creada en 1525 por el duque Alberto de Prusia.

¹²¹ Esta biblioteca fue fundada en 1556 por el elector Augusto de Sajonia y a finales de siglo contaba con 6000 ejemplares.

¹²² Jean Michel LASPERAS ofrece referencias bibliográficas a inventarios impresos en su estudio: «Inventaires de bibliothèques et documents de librairie dans le monde hispanique aux XV^e, XVI^e et XVII^e siècles», *Revue Française d'Histoire du Livre*, 28 (1980), pp. 535-557.

¹²³ R. CHARTIER, *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, 1994, pp. 69-89.

¹²⁴ Véase el *Catálogo concordado de la Biblioteca de Hernando Colón*, obra en equipo dirigida por los Drs. don J. M. RUIZ ASENCIO, don TOMAS MARÍN y don K. WAGNER y proyectada en 10 volúmenes, de los cuales han visto la luz ya los dos primeros (Madrid-Sevilla, 1993-1995). De los libros, como expresa T. Marín en el estudio introductorio de esta obra (p. 207), cabe pensar que Hernando fue impulsado a adquirirlos y tenerlos, antes que nada, por un afán imitativo de los personajes coetáneos, nobles, aristócratas y adinerados. A la biblioteca le dió carácter de institución permanente o de fundación jurídica, con sus rentas, estatutos, becarios y

nando de Colón en Sevilla a principios del siglo XVI, con más de 17000 títulos) y la Biblioteca de El Escorial (creada por Felipe II ¹²⁵ en la segunda mitad de esta centuria).

La biblioteca privada de la madre de Carlos V, doña Juana (1489-1555), contó con unos 150 volúmenes, según se desprende de los inventarios de bienes que a ella pertenecieron: libros de horas, misales, obras literarias, musicales, de dibujo..., todos protegidos por ricas encuadernaciones de orfebrería sobre terciopelo, brocados y cueros finos ¹²⁶.

La librería particular de Carlos V (1500-1558) reunió, preferentemente, libros de historia, ascética, ciencia y narrativa, además de atesorar suntuosos breviarios y libros de horas, muchos de ellos heredados de su madre ¹²⁷.

Siguiendo la política citada en tiempos de los Reyes Católicos, Felipe II (1527-1598) mantiene la costumbre de que no se pague alcabala en los casos de venta y trueques de «*libros, así de latín como de romance, enquadernados ó por enquadernar, escritos de mano ó de molde*», mediante disposición dada en Madrid el año 1567 ¹²⁸.

Sin embargo, el 7 de septiembre de 1558, había vetado la introducción, venta y tenencia de los libros prohibidos por el Santo Oficio, bajo pena de muerte y pérdida de los bienes, «*y que los tales libros sean quemados publicamente*» ¹²⁹.

Del mismo modo, modifica la forma habitual de imprimir libros, por pragmática expedida el 7 de septiembre de 1558:

«Mandamos y defendemos, que ningun librero ni otra persona alguna traiga ni meta en estos Reynos libros de romance impresos fuera dellos, no siendo impresos con licencia firmada del nuestro nombre, y señalada de los del nuestro Consejo, so pena de muerte y de perdimiento de bienes.

(...) Otrosí defendemos y mandamos, que ningun libro ni obra, de qualquiera facultad que sea, en latín ni en romance ni otra lengua, se pueda imprimir ni imprimir en estos Reynos, sin que primero el tal libro o obra sean presentados en nuestro Consejo, y sean vistos y examinados por la persona ó personas a quien los del nuestro Consejo lo cometieren; y hecho esto, se le de licencia firmada de nuestro nombre, y señalada de los del nuestro Consejo (...) so pena de muerte y perdimiento de todos sus bienes; y los tales libros y obras sean públicamente quemadas.

Y porque fecha la presentacion y exámen dicho en nuestro Consejo, y habida nuestra licencia, se podría en el tal libro ó obra alterar, ó mudar, ó añadir (...); para obviar esto, y que no se pueda hacer fraude, mandamos, que la obra y libro

reglamento. En orden a dicha permanencia se construyeron edificios nuevos y suntuosos, destinados a residencia del dueño y a sede de la librería.

¹²⁵ G. ANTOLÍN, «La librería de Felipe II», *La Ciudad de Dios*, CXVI (1919), pp. 36-49 y 287-300; CXVII, pp 207-217 y 364-377; y CXVIII, pp. 42-49 y 128-137.

¹²⁶ *Los reyes bibliófilos*, Madrid, 1986, p. 88.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 89.

¹²⁸ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro X, título XII, ley XX.

¹²⁹ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro VIII, título XVIII, ley I.

original que en nuestro Consejo se presentare, habiéndose visto y exâminado, y pareciendo tal que se debe dar licencia, sea señalada y rubricada en cada plana y hoja de uno de los nuestros Escribanos de Cámara que residen en el nuestro Consejo.

(...) Y porque, para que lo suso dicho se guarde y cumpla, así de presente como adelante enteramente y con efecto, conviene visitar y ver los libros, que así en poder de los libreros y mercaderes de libros como de otras algunas personas así seglares como eclesiásticas y religiosas, hay y hobiesc (...) ¹³⁰

Además de las anteriores disposiciones, Felipe II sigue reglamentando aspectos librarios a lo largo del siglo. Por ejemplo, mediante cédula expedida en Madrid el 27 de marzo de 1569, determina los requisitos que se deben seguir para la impresión, introducción y venta en el reino de libros litúrgicos, v. gr.: misales, diurnales, pontificales, breviarios y libros de coro ¹³¹; en una pragmática del año 1598, expedida en Madrid, establece la tasa que debe preceder a la venta de libros impresos que se quieran introducir en estos reinos ¹³²; y en el año 1594 fija el precio de venta de las cartillas «*para enseñar a leer niños*» ¹³³.

Por doquier surgen conjuntos bibliográficos, ahora incrementados tras el descubrimiento de la imprenta ¹³⁴. Entre las bibliotecas de dignidades eclesiásticas destacan las del cardenal Francisco de Mendoza (1508-1566), el teólogo y políglota Benito Arias Montano (1527-1598) ¹³⁵, el teólogo Juan de Arce (1510-1564) ¹³⁶, el obispo Pedro Ponce de León ¹³⁷, el obispo Juan Bernal Díaz de Luco (1495-1556) ¹³⁸, el obispo y teólogo Jerónimo Velasco (fallecido en

¹³⁰ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro VIII, título XVI, ley III.

¹³¹ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro VIII, título XVI, ley IV.

¹³² *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro VIII, título XVI, ley V.

¹³³ *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, libro VIII, título XVI, ley VI.

¹³⁴ Sobre este trascendental acontecimiento pueden consultarse, entre otros, los siguientes libros: M. CHEVALIER, *Lectura y lectores en la España de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1976. J. DELGADO y J. MARTÍN ABAD, *Repertorio bibliográfico de impresos del siglo XVI*, Madrid, 1993. K. HAEBLER, *Bibliografía ibérica del siglo XV*, Madrid, 1992. J. MOLL, *De la imprenta al lector. Estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Madrid, 1994. A. ODRIOZOLA, *Nacimiento de la imprenta en España*, Madrid, 1976.

¹³⁵ Analizada por A. RODRIGUEZ-MOÑINO en su obra *La biblioteca de Benito Arias Montano. Noticias y documentos para su reconstitución*, Badajoz, 1929.

¹³⁶ Este teólogo y escritor palentino formó una biblioteca cercana a 1550 volúmenes, los cuales quedaron dispersos a su muerte, recogiendo una buena parte Fernández del Pulgar, que incorporó a la suya.

¹³⁷ Pedro Ponce de León, obispo de Plasencia, falleció en 1584. Cuando murió, se realizó el inventario de su biblioteca, labor encomendada a Ambrosio de Morales. Según esta memoria, estaba compuesta, principalmente, por libros manuscritos en latín y castellano, sin que tampoco faltasen los impresos. G. ANTOLÍN, «La librería de don Pedro Ponce de León, obispo de Plasencia», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XX (1909), pp. 371-400.

¹³⁸ La biblioteca de este obispo calagurritano, que tenía unos 550 libros, constaba de tres cuerpos principales: libros de música (unos 50), libros de teología (unos 300) y libros de derecho canónico y civil (unos 200). T. MARIN, «La biblioteca del obispo Juan Bernal Díaz de Luco», *Hispania Sacra*, 5-II (1952), pp. 263-326 y VII-1 (1954), pp. 47-86.

1566), el obispo de Lérida Antonio Agustín (1517-1586)¹³⁹, el predicador Diego de Arce (1553-1616)¹⁴⁰, el canónigo tirasonense Alvaro Alonso¹⁴¹ y el cronista de Aragón Bartolomé Llorente (1540-1614)¹⁴².

Biblioteca interesante fue la que reunió el autor de *La Celestina*, Fernando de Rojas (1470-1541). En ella, los libros se dividen en dos grupos: unos, en romance, literarios, y otros, en latín, todos de leyes. Estos los deja Fernando de Rojas en el testamento a su hijo; aquéllos, a su mujer¹⁴³. Otros eruditos de este siglo que poseyeron biblioteca fueron: Gonzalo Argote de Molina (1548-1598)¹⁴⁴, Alvaro Gómez de Castro, Jerónimo Zurita (1512-1580)¹⁴⁵, Gonzalo Pérez¹⁴⁶, Juan Páez de Castro (1515-1570)¹⁴⁷, Luis Barahona de Soto (1548-1595)¹⁴⁸, Pablo de Céspedes (1538-1608), Diego Hurtado de Mendoza (1503-

¹³⁹ Antonio Agustín dedicó mucho tiempo y dinero a la copia y adquisición de manuscritos, reuniendo una buena colección de ellos, tanto griegos como latinos, de los que se publicó un catálogo, aparecido en 1587, probablemente redactado por él, aunque revisado por el canónigo Martín López de Bailo. Gracias a este inventario se puede comprobar que se trataba de una magnífica biblioteca de manuscritos, especializada en teología y derecho, sin que falten los de filosofía y filología.

¹⁴⁰ J. MESEGUER, «La bibliofilia de Arce y la biblioteca de San Francisco de Murcia», *Murgetana*, 38 (1972), pp. 5-32. Este escriturista, predicador y bibliófilo madrileño juntó libros, con cuidado exquisito, en la biblioteca del convento de San Francisco de Murcia, a la que incorporó la célebre biblioteca de su hermano, Pedro de Arce. Esta librería franciscana era, según testimonios de coetáneos, no sólo la mejor de la ciudad por lo selecto y copioso de sus fondos, sino también por la comodidad de su instalación para el estudio.

¹⁴¹ La biblioteca de Alvaro Alonso, un tanto desconocida, reunía a comienzos del siglo XVI, entre sus numerosos fondos, más de cien incunables.

¹⁴² P. GALINDO, «La biblioteca del canónigo Bartolomé Llorente (1587-1592)», *Zurita*, I (1933), pp. 63-78, 137-152, 279-288 y 321-334.

¹⁴³ F. del VALLE LERSUNDI, «Testamento de Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*», *Revista de Filología Española*, XVI (1929), pp. 366-388.

¹⁴⁴ A. MILLARES, «La biblioteca de Gonzalo Argote de Molina», *Revista de Filología Española*, X (1923), pp. 137-152. Era importante su colección de manuscritos, con abundantes textos históricos y genealógicos.

¹⁴⁵ P. AGUADO BLEYE, «La librería de Jerónimo Zurita», *Idearium*, (1917), pp. 77-80. En la biblioteca de este secretario real en el Consejo de la Inquisición, tenían cabida obras religiosas y jurídicas, con textos literarios en las lenguas clásicas y en castellano, amén de innumerables crónicas e historias, en castellano, catalán y latín. Deseando que su biblioteca no se dispersase, la regaló a la Cartuja zaragozana de Aula Dei, pero en tiempos de Felipe IV pasó al Escorial.

¹⁴⁶ A. GONZÁLEZ PALENCIA, *Gonzalo Pérez, Secretario de Felipe Segundo*, vol. I, Madrid, 1946, pp. 338-342. Se trata de la primera biblioteca privada que se compró para la formación de El Escorial, la cual contaba con muchos manuscritos árabes. A su muerte, la legó a su hijo Antonio.

¹⁴⁷ G. ANTOLÍN, «La librería de D. Juan Páez de Castro», *La Ciudad de Dios*, 114 (1918), pp. 137 y ss. Poco después de subir al trono Felipe II le dirigió una *Memoria sobre la utilidad de juntar una buena biblioteca*, que proponía fundar en Valladolid, aconsejando sobre el modo de adquirir los libros raros y sobre la construcción y disposición del edificio.

¹⁴⁸ F. RODRÍGUEZ MARÍN, *Luis Barahona de Soto*, Madrid, 1903, pp. 520-551.

1575)¹⁴⁹, Ambrosio Morales (1513-1591), Pedro Juan de Lastanosa (m. en 1576)¹⁵⁰, Juan de Vergara (m. en 1557)¹⁵¹, Constantino Ponce de la Fuente (m. en 1559)¹⁵², Francisco de Vargas¹⁵³ y, prácticamente, todos los humanistas citados con anterioridad.

Al igual que en la centuria anterior, los nobles continuaron la tradición de formar bibliotecas. Entre ellos, tenían bibliotecas interesantes: el duque de Medina-Sidonia¹⁵⁴, el duque de Alba (1507-1582), el conde de Benavente¹⁵⁵, el marqués del Cenete(1470-1523)¹⁵⁶, el conde de Gondomar (1567-1626)¹⁵⁷,

¹⁴⁹ Biblioteca que destaca por su importante colección de manuscritos griegos. A. GONZÁLEZ PALENCIA y E. MELE, *Vida y obras de Don Diego Hurtado de Mendoza*, tomo III, Madrid, 1941-48, pp. 481-572. Al morir, como contrapartida de sus numerosas deudas, la biblioteca pasó íntegra al Escorial, donde todavía se conserva.

¹⁵⁰ A. ALVAR y F. J. BOUZA, «La librería de don Pedro Juan de Lastanosa en Madrid (1576)», *Archivo de Filología Aragonesa*, XXXII-XXXIII, pp. 101-175. Este matemático mayor de Felipe II contaba con una biblioteca de unas 500 obras, entre las que, además de textos religiosos, históricos y humanísticos, podían encontrarse otros de astronomía, cosmografía, geometría y arquitectura.

¹⁵¹ El doctor Juan de Vergara poseyó una biblioteca cercana a 70 volúmenes; entre ellos 15 de religión, 15 de autores clásicos, 13 de lengua y retórica y otros de diversos temas: cosmografía, matemáticas, medicina, agricultura, geografía, etc. J. M. LASPERAS, «La librería del doctor Juan de Vergara», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXIX (1976), pp. 337-351.

¹⁵² Este doctor de sólida formación teológica y vastísima cultura humanística, poseyó una gran biblioteca de casi 900 títulos y un millar de volúmenes. Se trata de una colección de libros cuya orientación es eminentemente teológica, humanística y filológica. K. WAGNER, *El doctor Constantino Ponce de la Fuente. El hombre y su biblioteca*, Sevilla, 1979.

¹⁵³ K. WAGNER, «La biblioteca del Dr. Francisco de Vargas, compañero de Egidio y Constantino», *Bulletin Hispanique*, LXXVIII (1976), pp. 313-324. Francisco de Vargas, compañero y amigo de Constantino Ponce, poseía una selecta biblioteca en Sevilla de más de 70 volúmenes.

Más modestas fueron las reunidas por otras celebridades de este círculo sevillano, como el maestro Gil de Fuentes (47 volúmenes), Alonso de Escobar (57) y Gaspar Bautista Vilar (33). K. WAGNER, «Los maestros Gil de Fuentes y Alonso de Escobar y el círculo de «luteranos» de Sevilla», *Hispania Sacra*, XXVIII (1975), pp. 239-247.

¹⁵⁴ Cuando en 1507 falleció Juan de Guzmán, tercer duque de Medina Sidonia, se inventarió, entre sus bienes, una biblioteca cercana a 250 volúmenes, la cual se caracteriza por la variedad temática y de calidades; contenía obras de religión, moral, piedad, teología, clásicos latinos, filosofía, ciencias ocultas, historia, política, literatura, cirugía, etc.

¹⁵⁵ M. HERRERO GARCÍA, «La biblioteca del conde de Benavente», *Bibliografía Hispánica*, 2 (1942), pp. 18-33.

¹⁵⁶ J. F. SANCHEZ CANTON, *La biblioteca del marqués del Cenete iniciada por el cardenal Mendoza (1470-1523)*, Madrid, 1942. En 1523, Rodrigo de Mendoza, primer marqués del Cenete, contaba con casi 650 ejemplares, con un fuerte predominio de la medicina (98 volúmenes), la cosmografía, geografía y libros de viajes.

¹⁵⁷ F. J. SANCHEZ CANTON, *Don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar*, Madrid, 1935, pp. 43-44. M. SERRANO, «Libros manuscritos o de mano de la biblioteca del conde de Gondomar», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, VIII (1903), pp. 65-68, 222-228 y 295-300. Aunque incompleta, fue adquirida por Carlos III en 1785. En la actualidad conservan sus fondos manuscritos, especialmente, la Biblioteca Nacional y la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

el duque del Infantado ¹⁵⁸, el duque de Bejar (1500-1544) ¹⁵⁹, el marqués de los Vélez (1530-1580) ¹⁶⁰ y el marqués de Moya ¹⁶¹.

En conjunto, estas bibliotecas nobiliarias se caracterizan por la diversidad de temas. El lote principal suele estar compuesto por obras de naturaleza religiosa: biblias, misales, salterios, sermonarios, devocionarios, obras de espiritualidad, epístolas, diálogos, libros canónicos, etc. A éste, hay que añadirle el relativo a autores clásicos (Cicerón, Ovidio, Lucano, Quintiliano, Séneca, Plinio, Salustio, Juvenal, Terencio, Marcial, Floro, Virgilio, Tito Livio, etc.), obras de historia, retórica, medicina, alquimia, astrología, filosofía, obras de ocio (caza, cetrería, ajedrez, libros de viajes, manjares...), literatura (italiana, castellana, etc.), geografía, derecho, gramática y muchos otros asuntos que se pueden encontrar en los inventarios de las mismas ¹⁶².

El mobiliario de las bibliotecas de los magnates bibliófilos solía estar constituido por armarios de maderas nobles, que en ocasiones llegaban hasta el techo. Ocupaban comúnmente varias salas, a veces en pisos distintos. Característico de estas bibliotecas era no limitarse a conservar sólo libros, sino que constituían un pequeño museo de obras artísticas y antigüedades, en las que recibían a las personas de dignidad que les rendían visita ¹⁶³.

En general, en todas las bibliotecas están separados los armarios que contienen impresos de los que guardan manuscritos, mientras que la colocación es por tamaños y, en ocasiones, por materias, entendidas éstas muy ampliamente (teología, jurisprudencia, filosofía, literatura, historia...).

Sobre este tema, por ejemplo, Hernando Colón (1489-1539) dispuso en su testamento la instalación de su biblioteca para el futuro. Ordena que los arma-

¹⁵⁸ Se trata de la biblioteca que comenzó el marqués de Santillana en el siglo xv. En el A. H. N., sección Osuna, legajo 1837, se encontraba un inventario de los libros que poseía este noble en su palacio alcarreño el día 4 de agosto de 1575. Fondos que han sido trasladados recientemente al Archivo de la Nobleza, en el Hospital de Afuera de Toledo.

¹⁵⁹ A. REDONDO, «La bibliothèque de don Francisco de Zúñiga Guzmán y Sotomayor, troisième duc de Béjar (1500-1544)», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, III (1967), pp. 147-196.

¹⁶⁰ G. DE ANDRES, «La biblioteca de don Pedro Fajardo, marqués de los Vélez (1581)», *Documentos para la historia del monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, VII, Madrid, 1964, pp. 329-367. F. J. BOUZA, «Tasación y almoneda de una gran biblioteca nobiliaria castellana del siglo XVI: la del tercer marqués de los Vélez», *Cuadernos Bibliográficos*, XLVII (1987), pp. 77-136.

¹⁶¹ V. CASTAÑEDA, «La biblioteca del marqués de Moya (Francisco Pérez de Cabrera)», *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, I (1934), pp. 309-318.

¹⁶² Otras bibliotecas nobiliarias eran las del marqués de Priego, Pedro Fernández de Córdoba —con 309 libros en 1517, muchos de ellos con textos de autores clásicos, humanistas italianos y obras de carácter religioso—; el marqués de Tarifa, Fadrique Enríquez de Ribera —con 234 ejemplares en el año 1539, de marcado talante religioso—; y el duque de Béjar —con 251 volúmenes en el año 1544—.

¹⁶³ F. HUARTE, «Las bibliotecas particulares españolas de la Edad Moderna», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXI-2 (1955), pp. 568-570.

rios de las salas donde estén depositados los libros tiene que tener una reja cruzada, de tal modo que no pueda alcanzarlos nadie que esté en la habitación. Entre los armarios y la reja, pegados a ésta, debería existir unos atriles, donde el encargado de servir los libros pondría el volumen solicitado por el visitante. De esta manera, el estudioso podría leer el libro a través de la reja, pero no tocarlo. Tal era el celo con que Hernando Colón custodiaba su biblioteca ¹⁶⁴. A su muerte, más de 15000 piezas librarias, de las 17000 que configuraban el fondo de su biblioteca, habían sido ya colocadas, numeradas y asentadas en un índice topográfico, e inventariadas en otro alfabético y resumidas o extractadas bastantes de ellas en otros índices ¹⁶⁵.

Los primeros libros europeos llevados a las islas del Nuevo Mundo debieron ser los libros de horas ¹⁶⁶. La formación de bibliotecas fue, en gran parte, obra de prelados, sacerdotes y religiosos. Es curioso, por ejemplo, conocer las lecturas de los españoles que fueron al descubrimiento, conquista y evangelización de América ¹⁶⁷. Revelan los gustos europeos contemporáneos. Muchos de los libros importados, un 60%, eran de carácter religioso, filosófico y lingüístico e iban destinados a las bibliotecas de los conventos. Entre ellos había biblias, tratados de derecho canónico, hagiografías, sermonarios, libros de rezos, obras de los Padres de la Iglesia (como san Ambrosio, san Agustín y san Atanasio), obras de grandes pensadores medievales (como santo Tomás de Aquino y san Anselmo), clásicos latinos (por ejemplo Cicerón, Séneca, Lucano, Ovidio, Suetonio, Marcial y Salustio) y de autores españoles modernos (como Alonso de Castro, Francisco de Toledo, Francisco de Vitoria y Domingo de Soto). También se importaban obras prácticas, como colecciones legislativas, de medicina, agricultura, veterinaria, gramática, etc., a la vez que libros de viajes, novelas de aventuras y obras anoveladas de carácter histórico ¹⁶⁸. En las últimas décadas del siglo XVI se prefirieron los escritos morales, teológicos y religiosos.

En la capital de la Nueva España se funda la biblioteca más antigua del continente americano, debida al ilustre prelado fray Juan de Zumárraga (1518-1548) ¹⁶⁹, la cual contenía unos 400 volúmenes que, puesta al servicio del público y posteriormente donada al convento de san Francisco y al colegio de Tlatelolco, terminó dispersa. En el virreinato del Río de la Plata, ya en el siglo XVI, comenzaron a formarse muchas bibliotecas privadas, v. gr.: la del

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 571.

¹⁶⁵ *Catálogo concordado de la Biblioteca de Hernando Colón*, tomo I, p. 330.

¹⁶⁶ Como expone J. L. MARTÍNEZ en su obra *Origen y desarrollo del libro en Hispanoamérica*, Madrid, 1984.

¹⁶⁷ Consúltese la obra de I. A. LEONARD, *Los libros del conquistador*, México, 1953.

¹⁶⁸ H. ESCOLAR, *op. cit.*, pp. 257-260.

¹⁶⁹ A. M. CARREÑO. «La primera biblioteca pública del continente americano», *Divulgación Histórica*, 8 (1943), pp. 428-431 y 9 (1943), pp. 488-492.

deán de la catedral de Córdoba; la de Pedro Carranza, primer obispo del Río de la Plata; y la de Ignacio Duarte y Quirós¹⁷⁰.

Por último, entre las bibliotecas universitarias, en 1538 se funda la de Santo Domingo (República Dominicana)¹⁷¹.

¹⁷⁰ S. MARIS, «El libro en Hispanoamérica», *Historia ilustrada del libro español. De los incunables al siglo XVIII*, Madrid, 1994, p. 461.

¹⁷¹ Es muy interesante la exhaustiva selección de documentos ofrecida por F. Fernández del Castillo, la mayoría de ellos relativos a la introducción de la imprenta, formación de bibliotecas y comercio de libros en Hispanoamérica. *Libros y libreros en el siglo XVI*. México, 1982 (comp. F. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO).